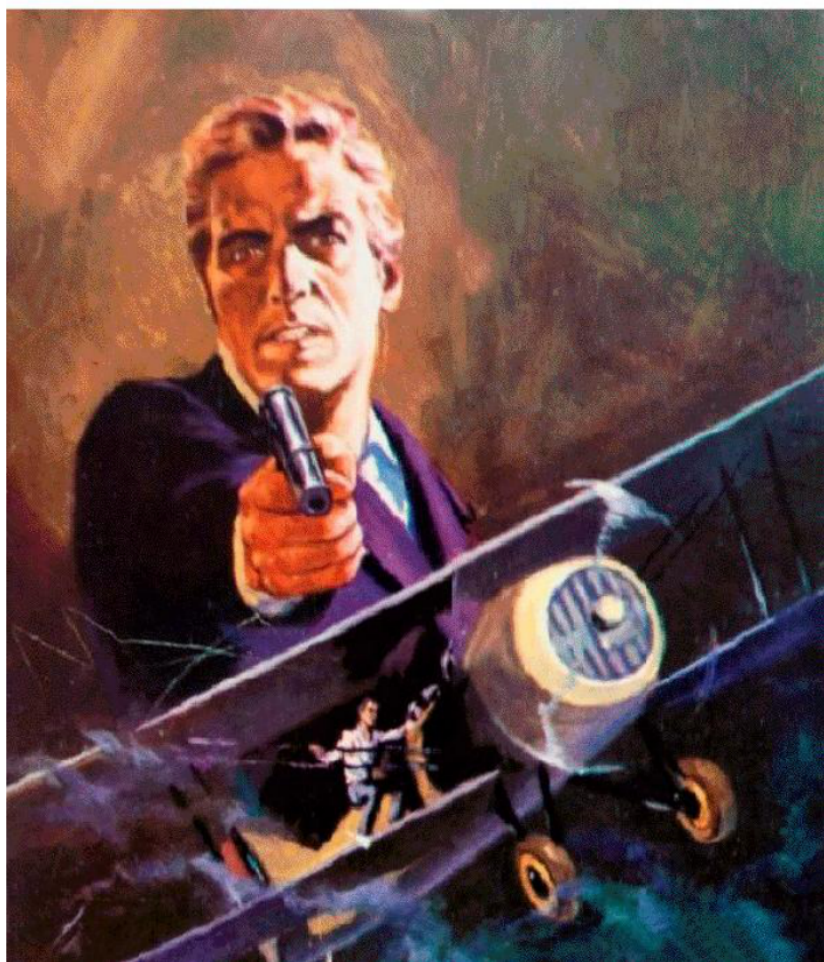


BOLSILLOS BRUJERA
PUNTO
ROJO

el asesino idiota

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

CLARK CARRADOS

EL ASESINO IDIOTA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 606
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Dépósito legal: B 38.831 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1973

© CLARK CARRADOS - 1973
texto

© SALVADOR FABA - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.348. —Cabalgando sobre la furia.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.204. —Secuestro de una chica guapa.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.050. —Títeres con pistolas.

En Colección CALIFORNIA:

812. —Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717. —Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526. —Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. —El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. —Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. —Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. —Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

597. —Ejecutor privado.

CAPÍTULO PRIMERO

La víctima tenía que pasar por allí ineludiblemente. Era un viaje que realizaba con muchísima frecuencia y el asesino lo sabía.

La víspera había aguardado en vano. Payne Roberts, sin embargo, no dejaba transcurrir dos días sin pasar por aquel lugar.

El asesino lo había planeado todo con deliberada astucia. Era un punto solitario y poco concurrido. Podía fallar, tal vez por la inoportuna presencia de alguien en las inmediaciones, pero al día siguiente, o al otro o al otro, el lugar volvería a estar desierto.

Y entonces moriría Payne Roberts, si no moría aquella misma tarde.

De pronto, el asesino vio una nube de polvo en el horizonte.

Había estado fumando y tiró el cigarrillo, desmenuzándolo luego con el tacón de la bota campera, hasta convertirlo en tierra. Luego requirió el rifle de cañón extralargo y mira telescópica que había llevado consigo.

La superior longitud del cañón se debía tanto a su especial fabricación, encomendada por el asesino, como al silenciador que llevaba acoplado. La mira telescópica tenía la óptica de Jena. Era de lo mejorcito en su género.

El asesino cobraba caro por sus servicios, pero los aseguraba plenamente. Por ello tenía necesidad de una buena arma.

Miró de nuevo hacia el polvo. Se levantaba suavemente y permanecía largo rato suspendido en la atmósfera. El viento era nulo, lo que favorecería el tiro.

A sus espaldas, tras las rocas, había una vaguada por la que corría un arroyuelo de aguas murmurantes y frescas, flanqueado por una doble hilera de frondosos álamos. El contraste entre la vaguada y la zona árida por la que discurría el camino era patente.

Pero al asesino no le interesaban el bonito paisaje del arroyo, la hierba y los álamos.

Le interesaba su víctima, que se acercaba al lugar a unos ochenta kilómetros por hora. El estado del camino no permitía una mayor velocidad.

El automóvil de Roberts se hizo de pronto visible al surgir de un pequeño desfiladero rocoso, que no tendría más allá de doce o quince metros de altura. Ya estaba a unos ciento cincuenta metros del asesino.

Un segundo más adelante, se oyeron dos estampidos muy seguidos. El asesino sonrió.

Las tachuelas sembradas previamente en el camino hicieron su perturbador trabajo. El automóvil coqueó fuertemente, hasta que su conductor pudo dominarlo y parar sin más daños.

Payne Roberts se apeó y examinó una de las ruedas delanteras, sin darse cuenta de que su espalda estaba en el centro de la mira telescópica. Una maldición se escapó de los labios de Roberts, pero su rabia se trocó casi en el acto en agudo dolor.

Algo le había taladrado el cuerpo, como un delgado alambre al rojo vivo. Roberts se tambaleó y rodó por tierra, moviéndose espasmódicamente.

El asesino recargó su fusil y apuntó de nuevo. La cruz filar de la mira de puntería estaba en la sien del caído.

Salió la segunda bala. El cráneo de Roberts sufrió una tremenda sacudida. Fue su último movimiento.

El asesino estaba seguro de haber cumplido su tarea y se puso en pie. A pesar de todo, no quería marcharse de allí sin comprobar la muerte de la víctima.

Dejando el rifle apoyado en una roca, se descalzó y puso las botas en el suelo. La policía encontraría huellas de unos pies cubiertos solamente por unos calcetines. El lugar en que se había emboscado era pedregoso y no podrían encontrar rastro de sus botas.

Avanzó muy despacio; el suelo no era precisamente cómodo para unos pies envueltos en los calcetines. El asesino tenía la seguridad de que Roberts estaba muerto; de lo contrario, un disparo con el revólver que llevaba oculto bajo la chaqueta, sería el tiro de gracia.

Carol Udall oyó las explosiones de los neumáticos y despertó sobresaltada. Los ruidos se habían oído al otro lado de las rocas que

caían casi a plomo sobre el arroyo.

El automóvil de la muchacha estaba a la sombra de los árboles. Había un sendero que podía ser utilizado para llegar a la orilla del arroyo. A Carol le gustaba mucho bañarse en aquel lugar y tumbarse luego al sol, sobre la hierba.

Era una muchacha alta y bien conformada, de pelo rojizo y ojos verdosos. Para tomar el sol, cuando estaba a solas, se despojaba de toda clase de prendas. Ahora, en traje de Eva, miró desconcertada hacia las rocas.

De pronto, alargó la mano y se puso una bata corta de baño. Metió los pies en unas zapatillas y corrió hacia la parte alta del roquedal. Pasó al otro lado y vio a un hombre que se acercaba lentamente hacia el automóvil parado en el camino.

Junto al vehículo había otro hombre tumbado en el suelo. Carol pensó inmediatamente en los ruidos oídos y dedujo el accidente, sin pararse a pensar que, salvo las ruedas deshinchadas, el automóvil aparecía completamente normal.

Deseosa de ayudar, bajó una veintena de metros por las rocas. De repente, divisó el rifle apoyado en una piedra.

La muchacha se sintió repentinamente preocupada. Volvió la vista al camino y vio al presunto dueño del rifle inclinado sobre el caído.

También divisó otra cosa.

Sangre.

La suya se le heló en las venas a pesar del intenso calor que hacía. En una fracción de segundo comprendió que acababa de ser testigo de un crimen.

En aquel instante, el asesino se irguió. Sí, Payne Roberts estaba muerto y bien muerto.

Giró sobre sus talones. Entonces, a ochenta metros, divisó la roja bata de baño en las rocas.

Una maldición se escapó de sus labios. ¿Cómo había podido ser tan descuidado como para no darse cuenta de que había un testigo en las inmediaciones?

Sin pensárselo dos veces, echó a correr hacia las rocas. Carol se dio cuenta de las intenciones del sujeto y agarró el fusil.

—¡Quieto! ¡Quieto o disparo!

Pero el asesino no hizo el menor caso. Por el contrario, sacó el

revólver y apretó el gatillo.

Era un «Colt» 38, de cañón corto, aunque provisto también de silenciador. A setenta metros, su puntería era muy deficiente, aunque la bala rebotó en una piedra cercana a la muchacha, causándole un terrible sobresalto con su agudo rechinar.

Carol apretó también el gatillo, pero en la recámara del fusil sólo había una cápsula vacía. Llena de pánico, tiró el arma a un lado, dio media vuelta y echó a correr.

El asesino siguió tras ella. Hizo un segundo disparo, pero pronto se convenció de que era derrochar pólvora y balas inútilmente. Era preciso esperar a tener más cercano el blanco.

Sin embargo, Carol era mucho más joven y ágil y pronto le sacó ventaja. La muchacha descendió hacia el arroyo en busca de su automóvil, aunque, al volverse una vez, se dio cuenta de que no tendría tiempo de sentarse ante el volante y arrancar, por lo que prosiguió su carrera en busca de un seguro refugio, que le permitiera sentirse a salvo de las perversas intenciones de su perseguidor.

El asesino llegó junto al coche. Carol parecía haberse esfumado.

Durante unos segundos, permaneció irresoluto. Jadeaba, a causa de la carrera. No estaba acostumbrado al ejercicio físico y aquella condenada curiosa le había dejado sin resuello.

De pronto, se le ocurrió una idea.

El coche tenía su documentación en regla. Por ella se enteró del nombre, domicilio y ocupación de su propietaria. Sonrió satisfecho. Era posible que ella le denunciase a la policía, pero la buscaría y cerraría su boca. Si ella no podía confirmar luego sus declaraciones, todo cuanto hubiera dicho previamente podría ser fácilmente anulado.

Tranquilo al respecto, dio media vuelta y echó a andar, sin darse cuenta de que había unos ojos a ras de agua, que espían el menor de sus movimientos.

Carol se había zambullido en un remanso cercano, cubriéndose la cabeza con unos ramajes que sujetaba con la mano. El enmascaramiento era completo y pudo ver sin ser vista.

Al cabo de unos momentos, salió del agua y corrió hacia el coche. Arrojó al interior todas sus cosas y se sentó tras el volante.

En el silencio del lugar, el estruendo del motor sonó

poderosamente. El asesino lo oyó y volvió sobre sus pasos, a tiempo de ver el automóvil que arrancaba a toda velocidad.

Una maldición se escapó de sus labios. Aquella chica le había engañado como a un chino, se dijo.

Pero todavía tenía tiempo de corregir el error. Descendió a las rocas donde se había parapetado y, en unos segundos, se puso las botas. Agarró el fusil y echó a correr, en apariencia hacia el camino, pero, en la realidad, hacia un entrante en el que había escondido su automóvil.

Cuando salía del escondite, vio a lo lejos el coche que surgía al camino, a unos mil quinientos metros de distancia. El rugido que brotó de sus labios era aún más fuerte que el que produjo el motor de su coche al recibir una tremenda inyección de gas.

El asesino se lanzó a fondo tras la muchacha. Pero el automóvil de Carol no era menos veloz y mantuvo la distancia con cierta facilidad.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, perseguidor y perseguida se dieron cuenta de que se alejaban de la ciudad.

A Carol no le importó demasiado; su interés estaba centrado en escapar de lo que estimaba su próxima muerte. Si aquel sujeto le daba alcance, ya podía despedirse del mundo de los vivos.

«¡Y era un mundo tan atractivo!», pensó maquinalmente.

Miró por el retrovisor. Satisfecha, comprobó que ganaba terreno al asesino. El páramo quedó atrás y entró en una zona más fértil. Carol se dijo que encontraría gente amiga, tal vez una patrulla de carretera...

De pronto, cuando iniciaba una fuerte pendiente en descenso, el motor de su coche empezó a toser.

Carol bajó la vista hacia el cuadro de instrumentos. Casi en el acto sintió un escalofrío de terror.

La aguja de la gasolina señalaba la absoluta vaciedad del depósito de combustible.

CAPÍTULO II

Durante unos segundos, Carol se sintió muerta de pánico. El coche, sin embargo, seguía corriendo todavía, por inercia, a gran velocidad.

De pronto divisó una casa, unos cobertizos, varias vallas y, sobre todo, algo que le hizo dudar de la rectitud de sus sentidos: un avión con el motor en marcha.

Era un viejo biplano *Curtiss*, de dos plazas, que había empezado a volar en 1935. Sin embargo, aparecía recién pintado y, muy probablemente, en perfecto estado de funcionamiento. Carol pensó en el acto que aquel aeroplano podía representar su providencial salvación.

Había un caminito que se separaba de la carretera para conducir a lo que parecía una granja. Carol dio un golpe de volante al coche y lo encaminó hacia la valla, al otro lado de la cual se hallaba el avión.

Frenó y saltó al suelo, poniéndose las zapatillas maquinalmente. Volvió la vista; el coche perseguidor estaba todavía a unos dos mil metros de distancia.

En aquel momento, un hombre salía de la casa, con un maletín en la mano. Era un sujeto joven, de unos treinta años de edad, equipado para el vuelo.

Los ojos de Duke Phirsby contemplaron como si estuvieran en trance a la hermosa muchacha que corría hacia él, en demanda de ayuda.

La bata se abrió de pronto y Phirsby se dio cuenta de que ella no llevaba debajo ninguna otra prenda de ropa. Pero la chica no le hizo el menor caso y saltó al asiento posterior.

—¡Aprisa! —gritó a voz en cuello—. ¡Quieren matarme!

Phirsby reaccionó y corrió hacia su aeroplano. Era de doble mando y Carol lo supo ver poco menos que en el acto.

Inmediatamente, avanzó la palanca del gas y el motor lanzó un poderoso bramido.

Phirsby emitió una maldición. El avión empezó a rodar por la hierba. Su dueño corrió tras él y apenas sí pudo lanzarse de cabeza a la carlinga.

Carol dio más gas. El biplano aceleró su marcha, aunque tenía todavía la cola pegada al suelo. Volvió la cabeza un instante y pudo ver el coche del asesino que llegaba a la granja en aquellos instantes.

El asesino saltó al suelo, con el rifle en las manos. Tomó puntería; si conseguía reventar una de las ruedas del tren de aterrizaje, su victoria era segura.

La bala salió, pero sólo consiguió hacer volar por los aires unos cuantos tallos de hierba. Carol, los pies en los pedales del timón, una mano en la palanca de gas y la otra en la del timón de profundidad, guiaba el aeroplano con firmeza.

En la otra cabina, el piloto pugnaba por colocarse en la debida posición. De pronto, el *Curtiss* despegó del suelo, perseguido inútilmente por un par de balas salidas del rifle del asesino.

Carol avanzó a fondo la palanca de gas. Nunca había manejado aquel tipo de aviones, pero, en el fondo, el funcionamiento era el mismo del que usaba para su casi terminado curso de aprendizaje. El biplano ascendió un par de cientos de metros y su improvisado piloto lo estabilizó.

Luego, a dos mil metros, inició un amplio viraje y volvió hacia la granja. En aquel momento, Phirsby trataba de colocarse en su posición normal.

Carol aceleró a fondo, a la vez que bajaba la palanca de profundidad. El aparato perdió altura, pero ganó en velocidad. Rugiendo atronadoramente, pareció arrojar sobre el asesino quien, sobresaltado, se tiró al suelo, para evitar aquellas ruedas que pasaron a menos de un metro del suelo.

La muchacha se elevó de nuevo, haciendo que el avión describiese un cerrado semicírculo. De pronto, Phirsby consiguió ponerse bien, pero, en lugar de sentarse, quedó en pie y se volvió hacia la chica.

—¿Quiere dejarme pilotar este maldito trasto? —gritó, con medio cuerpo fuera, a fin de hacerse oír por encima del ruido del

motor.

Ella señaló con una mano hacia abajo. Luego hizo señas como si disparase con un revólver hacia su cuerpo. Phirsby comprendió.

—¿La persiguen?

Carol asintió.

—Quieren matarme... —Pero una bocanada de aire entró por sus fauces y la hizo toser con fuerza.

El avión se ladeó súbitamente. Phirsby lanzó un grito y perdió el equilibrio. Desesperadamente, pudo agarrarse a una de las barras interiores del fuselaje y mantenerse así durante unos segundos que le parecieron eternos, hasta que Carol, recuperándose del acceso de tos, estabilizó de nuevo el aparato.

Entonces le hizo señas de que iba a tomar los mandos. Ella asintió con un suspiro de alivio y se dejó relajar en el asiento. Miró un instante hacia abajo; la tierra se alejaba satisfactoriamente, llevándola a la seguridad de un destino desconocido, pero sin rifles mortíferos que amenazasen su existencia.

El *Curtiss* franqueó una barrera montañosa e inició el descenso hacia el valle que se veía a mil quinientos metros más abajo. Momentos más tarde, las ruedas tomaban contacto con una extensa pradera, cubierta de margaritas y otras flores silvestres.

Rodando lentamente, el aparato se acercó a la cabaña situada en uno de los bordes de la explanada. Phirsby cortó el contacto y el ruido del motor cesó en el acto.

—Ya hemos llegado —anunció, disponiéndose a saltar al suelo.

Carol se arrebujó en su bata.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En Carndle Valley —contestó él—. La mayor parte de las tierras que se ven aquí, me pertenecen —agregó, con justificado orgullo.

Los ojos de Carol se pasearon por el panorama circundante.

—Es muy bonito —dijo.

—A mí me gusta venir a cazar y a pescar —manifestó Phirsby sobriamente—. ¿La ayudo a bajar, señorita?

—Gracias, pero puedo hacerlo yo misma.

La muchacha salió de la cabina. Phirsby apreció que tenía las piernas más bonitas que nunca había visto hasta entonces.

—¿Y bien? ¿Puede decirme su nombre y los motivos de éste, por fortuna, frustrado robo de mi avión?

—Me llamo Carol Udall —se presentó ella—. En cuanto al robo del avión, se debe al hecho de que fui testigo presencial de un crimen. El asesino me vio y me persiguió. Cuando llegaba a su granja, se me acabó la gasolina del coche. Entonces divisé su aparato con el motor en marcha y pensé que podía ser mi salvación.

Phirsby frunció el ceño.

—¿Acaso tiene el título de piloto? —preguntó.

—Estoy en las últimas lecciones del curso. Dentro de pocos días pasaré el examen final —contestó ella.

Phirsby se llevó las manos a la cabeza.

—¡Mi avión ha sido pilotado por alguien que no conocía apenas su manejo! —clamó.

—Oiga, todos estos aviones, en el fondo, son parecidos —se picó Carol—. La única diferencia de su mugriento *Curtiss* con la *Beechcraft Bonanza* en que hago el aprendizaje consiste en la cabina cerrada, eso es todo.

—Y algunas cosas más —rezongó él—. Pero será mejor que lo dejemos. ¿Quién fue el muerto?

—Lo ignoro. Sólo le vi caído en el suelo, sangrando abundantemente, y al asesino a su lado. Entonces fue cuando él me vio y echó a correr detrás de mí...

El relato de Carol fue interrumpido por frecuentes estornudos. Hacía sol en la pradera, pero ella tiritaba de frío.

—Me parece que he pescado un buen resfriado —dijo en tono quejumbroso.

—Si no es más que un resfriado... —Gruñó Phirsby—. Vamos a mi casa; encenderé el fuego y se sentirá mejor, sobre todo, después de un buen café con algunas gotas de *brandy*.

—Que sea al revés —pidió Carol con desparpajo.

Entraron en la cabaña. Carol dijo:

—Habrá que avisar a la policía.

—No sé cómo —respondió él—. Esta cabaña ha sido construida con todas las reglas del arte de la tranquilidad.

—¿Qué dice? —Respingó la muchacha.

—Sencillamente, no hay teléfono ni electricidad. Sólo velas, algo de petróleo y leña en abundancia. Cuando vengo aquí, me aíso por

completo del mundo.

—Pero podrá ir en su aeroplano...

—Ya veremos. Primero debo atenderla a usted. Y, por cierto, tengo la sensación de que no lleva nada debajo de la bata de baño.

Carol se sonrojó intensamente.

—Bastante hice con poder escapar del asesino del pelo blanco —dijo.

—Un tipo muy viejo, ¿eh?

—No, yo no diría tanto. Tendrá unos cuarenta años, pero su pelo, eso sí, es absolutamente blanco.

—Albinismo.

—Tal vez.

La chimenea quedó encendida. Phirsby fue a una de las habitaciones interiores y regresó con una manta.

—Envuélvase —dijo—. Está tiritando de frío.

Carol le miró con ojos lacrimosos.

—Me parece que es algo más que un resfriado —murmuró.

—Como se trate de una pulmonía, estamos apañados —rezongó él malhumoradamente.

Minutos más tarde, trajo un tazón humeante.

—Esto, dos aspirinas y a la cama —dijo—. No tiene otra solución.

—Señor Phirsby, ¿cómo podría agradecer yo...?

—No me agradezca nada. Lo hago con muchísimo placer.

—Estuve a punto de tirarle del avión.

—Pero no me he caído, por fortuna —sonrió él.

Minutos más tarde, Carol estaba entre mantas. Los dientes le castañeteaban audiblemente.

—Esto va a ser gordo —predijo, con lúgubre acento.

—Sí —contestó Phirsby, lacónicamente.

Dejó en la mesilla de noche una palmatoria con su vela y cerillas. La habitación era rústica, pero confortable, apreció Carol, sintiéndose invadida por una dulce languidez.

Phirsby corrió las cortinillas de la ventana.

—Duerma tranquila —sonrió de nuevo al despedirse.

CAPÍTULO III

Carol abrió los ojos. Lucía un sol radiante en el exterior, pero ella se sentía extremadamente débil.

Las cortinas de la ventana tamizaban la luz. Una voz sonó en la habitación contigua.

—Lo peor ha pasado ya. Ahora sólo debe convalecer: comida abundante y mucho reposo. Dentro de dos semanas, estará como nueva.

—Gracias, doctor. —Era la voz de Phirsby—. Páseme la factura cuando le parezca bien.

Momentos más tarde, Carol oyó el ruido de un motor de avión, que se disipó enseguida. Al cabo de un cuarto de hora, entró el dueño de Carndle Valley con una bandeja en las manos.

—Despierte, perezosa —dijo—. El médico ha declarado su curación oficialmente. Ya está en período de convalecencia.

Carol se incorporó sobre un codo. Entonces se dio cuenta de que tenía puesto un pijama.

—Eh, oiga, ¿de dónde ha salido esto? ¿Quién me...?

—No tema por su pudor —sonrió Phirsby—. El doctor llegó, acompañado de su enfermera, y ella fue quien le puso el pijama y la ha atendido durante la semana que ha durado su pulmonía, más o menos. Yo, simplemente, me he limitado a ser un mero ayudante de la enfermera y a aprovisionar la casa de víveres.

—No sabía que hubiese un médico en estos parajes —dijo ella, pensativa.

—El doctor Lamen vive a unos sesenta kilómetros de aquí, en Camp Fortune, y es muy aficionado a la aviación. A veces tiene que utilizar su propio aeroplano para visitar a pacientes que residen demasiado lejos de su casa.

—Y usted le llamó por radio...

—Nada de radio, ya le he dicho que cuando vengo a Carndle

Valley, dejó atrás ciertas ventajas de la civilización. No digo que viva absolutamente como un troglodita, pero me gusta aislarme por completo, dentro de lo posible, naturalmente.

—Ya entiendo. Pero... todavía no sé quién es usted; no conozco apenas más que su nombre...

Phirsby sonrió sibilinamente.

—Será mejor que se tome este tazón de caldo —aconsejó—. Aunque le parezca mentira, procede de un venado, cazado por mí mismo.

Ella le contempló con admiración.

—Como en los tiempos antiguos —dijo.

—Carndle Valley es un lugar al que, por fortuna, no ha llegado la contaminación actual. Y espero que siga así por mucho tiempo; al menos, mientras yo pueda.

Carol tomó el caldo, encontrándolo muy sabroso. Al terminar, sudaba.

—Es la reacción natural —dijo él—. Durante ocho días, apenas si ha tomado alimento y la fiebre era tan alta que usted ni siquiera se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Ahora duerma un rato; su sueño será muy distinto y al despertar se encontrará mucho mejor.

Las palabras de Phirsby resultaron certeramente proféticas. Carol despertó a media tarde, sintiéndose otra, aunque todavía muy débil. La muchacha pensó que debía de haberlo pasado muy mal; y era lógico, porque había volado en un avión descubierto, a doscientos cincuenta kilómetros por hora, cubierta solamente por una bata aún mojada. La pulmonía, en tal caso, había resultado inevitable.

Varios días más tarde, Carol despertó al oír el ruido de unos golpes que sonaban en el exterior. Vio ropas sobre una silla y abandonó la cama. Con gran sorpresa, encontró lo suficiente para vestirse, incluidas unas cómodas zapatillas de deporte.

La ropa, tanto interior como exterior, era de su medida. Minutos más tarde, se dispuso a salir fuera de la habitación, vestida con una camisa a cuadros, pantalones y una chaqueta de tejido de punto, de vivos colores.

Los golpes que oía procedían del hacha que Phirsby manejaba con decisión, para partir leña. Al ver a la muchacha, Phirsby

suspendió su trabajo y la miró con la sonrisa en los labios.

—Veo que se encuentra casi bien —dijo—. Felicidades.

—Gracias —contestó Carol—. Pero esta ropa... Y las prendas interiores...

—Oh, no se preocupe; fue la propia enfermera del doctor Larsen quien compró todo por mi encargo.

Carol respiró aliviada. Phirsby sonrió burlón.

—No irá a pensar que yo le tomé las medidas con una cinta métrica, ¿verdad? —dijo.

—En todo caso, ya no estaría en mi mano evitarlo —contestó ella con cierta sequedad—. Pero dejemos esto, señor Phirsby; le ruego el nombre de esa enfermera, para abonarle...

—No se preocupe por el dinero —cortó el joven—. Ahora, lo que interesa es que termine de reponerse. Entonces podrá volver a Silver Falls.

Los ojos de la muchacha se oscurecieron.

—El asesino estará aguardándome allí —dijo, aprensiva.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Le vi hurgar en la documentación de mi coche, mientras yo estaba escondida en el agua. Sabe mi nombre y mi domicilio.

—Oh —murmuró él—. Un hombre peligroso. Habrá que hacer algo para evitarlo.

—Trataré de impedir que lo identifique.

—Es lógico, sobre todo, teniendo en cuenta que es usted el único testigo de la muerte de Payne Roberts.

—¡Cómo! —se sorprendió la muchacha—. ¿Es que conoce usted al muerto?

—Compré periódicos en Camp Fortune cuando hacía viajes para traer provisiones y medicamentos. Naturalmente, traían la noticia de la muerte de Roberts, asesinado en el lugar que usted me indicó.

—No lo conocía —manifestó Carol—. ¿Sabe usted quién era?

—Un acaudalado industrial. Se supone que su muerte se debe a una cuestión de intereses, pero eso es todo lo que se ha podido averiguar hasta ahora.

—Yo vi el fusil del asesino. Era un arma especial...

—El arma que se necesitaba para cometer un crimen pagado.

Carol se horrorizó.

—Pero ¿hay personas que matan por dinero? —exclamó.

—No lo dude usted —respondió Phirsby—. Y ahora, si me lo permite, terminaré de cortar esta leña; luego prepararé el desayuno para los dos. ¿Le parece bien?

—Puedo hacerlo yo...

—Usted está convaleciendo todavía —cortó él.

Y levantó el hacha sobre su cabeza.

Entonces llegó un objeto que chocó contra la pared de la casa con ruido sordo.

Carol gritó, porque había sentido una especie de roce junto a su hombro. Phirsby comprendió en el acto lo que sucedía.

—¡Adentro, rápido! —gritó—. Tratan de asesinarla, Carol.

Carol tenía las piernas todavía muy flojas, pero corrió como nunca lo había hecho en su vida. Dos balas más llegaron casi en silencio, hundiéndose en la pared delantera, justo en el momento en que la pareja se metía en el interior de la cabaña.

Carol estaba asustadísima. De repente, vio a Phirsby con un rifle en una mano y unos prismáticos en la otra.

—No se asome a la ventana —recomendó él.

Con gran cuidado, exploró el paisaje mediante los prismáticos. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Ya he localizado al tirador.

—¿Puede verlo? —preguntó ella ansiosamente.

Phirsby sonrió.

—Es hombre de ciudad —contestó—. Se ha ocultado tras unos arbustos, a unos doscientos pasos de distancia, pero lleva ropas claras, como de veraneante inofensivo. Si llevase un traje «leopardo», como el de los soldados que combaten en la jungla, resultaría invisible.

Una bala llegó y rompió un cristal de la ventana. Phirsby no se inmutó.

—Tira con silenciador, pero eso es lo de menos. Lo interesante es que quiere hacernos saber su presencia allí —dijo.

—Nos tiene sitiados —se lamentó Carol.

—¿Usted cree? —sonrió Phirsby—. Poco se imagina él la respuesta que van a tener sus disparos.

Esperó unos momentos. Otra bala se hundió en el marco de la ventana.

Entonces, Phirsby sacó su rifle y disparó seis tiros en rápida

sucesión.

El atacante se sobresaltó al percibir en torno suyo aquella lluvia de balas. Desmoralizado, abandonó la partida y echó a correr.

Phirsby vio una manchita de color claro que se alejaba rápidamente. Abandonó la ventana y salió fuera de la cabaña, con los gemelos en la mano.

Un minuto después, vio al sujeto acercarse a un automóvil, detenido en el camino de acceso a la cabaña. El tirador había perdido su sombrero en la retirada. Phirsby pudo ver su pelo blanco con toda claridad.

—Sí, es el asesino de Roberts —dijo.

Dio media vuelta y entró en la casa. En menos de un minuto, se puso el mono de vuelo y el casco. Luego corrió hacia el avión, agachándose al pasar por el montón de leña para tomar cuatro leños de medianas dimensiones.

—¿Adónde va usted? —gritó la muchacha.

—Quiero ver la dirección que toma ese forajido —contestó Phirsby, mientras lanzaba los troncos al interior de la cabina.

Cinco minutos más tarde, el *Curtiss* se elevaba rugiendo en el aire. Phirsby alcanzó los quinientos metros de altura y estabilizó el aparato.

Poco más tarde, divisó el coche que se alejaba en dirección a Silver Falls. Todavía se hallaba en el interior de Carndle Valley.

Phirsby perdió altura, a la vez que empujaba a fondo la palanca de gas. El biplano pasó rugiendo a trescientos kilómetros por hora y a menos de diez metros de distancia del automóvil.

Luego se remontó, haciendo un ceñido viraje. El asesino se sobresaltó terriblemente, a la vez que se maldecía en su interior por no haber disparado previamente unos cuantos tiros contra el avión, para inutilizarlo.

Pero su interés se había centrado en la muchacha, un blanco que había creído seguro y que, inexplicablemente, había fallado. Tal vez aquella condenada chica se había movido en el momento de apretar el gatillo...

Un atronador rugido sonó de nuevo sobre su cabeza. De pronto, algo cayó del cielo y se estrelló contra el suelo, a pocos metros por delante del automóvil.

El asesino maldijo entre dientes. ¿Con qué diablos le

bombardeaba el piloto?

Momentos después, oyó un ruido ensordecedor sobre el techo del vehículo. EL conductor pisó a fondo, sin importarle en absoluto el estado del camino.

Los dos leños siguientes se perdieron. En la cabina, Phirsby reía satisfecho al pensar en el pánico del asesino cuando recibió el único tronco que había hecho blanco.

Pero ahora el camino serpenteaba ya entre montañas y era imposible continuar la persecución. Phirsby alcanzó los mil metros de altura y, volteando en el cielo como un águila en espera de su presa, siguió con la vista al automóvil hasta que lo vio tomar la dirección de Silver Falls.

Entonces viró en redondo y emprendió el camino de vuelta a su cabaña.

CAPÍTULO IV

—No me explico cómo ese individuo ha podido encontrarme aquí —dijo Carol, después de la última taza de café de su retrasado desayuno.

—Es bien sencillo —respondió Phirsby, mientras se disponía a encender un cigarrillo—. Usted alcanzó mi granja, en las inmediaciones de Silver Falls. El asesino la vio escapar en el avión. Comprenderá que no le ha resultado difícil hacer indagaciones y averiguar que poseo esta cabaña en Carndle Valley.

—Sí, pero no tenía por qué saber que yo estaba aquí.

—¿Reside habitualmente en Silver Falls?

—Desde luego.

—Entonces, si no está en su casa, tiene que estar aquí. El asesino no la conoce; sólo sabe que corrió a cierto sitio, donde había un aeroplano con el motor en marcha y que lo hizo volar. Por tanto, supone que es amiga mía o conocida o que, de una forma u otra, tiene alguna relación conmigo.

—Ya entiendo —murmuró Carol—. Todavía sigo constituyendo un estorbo para él.

—No lo dude —contestó Phirsby.

Ella puso los codos sobre la mesa y juntó las manos.

—Duke, ¿por qué murió asesinado Roberts? —preguntó de sopetón.

—Era el presidente y propietario de la Mechanics Supplies, una empresa pequeña, pero floreciente, dedicada a la fabricación de elementos de precisión y repuestos de electrónica para toda clase de naves y vehículos, principalmente militares.

—¿Y sólo por eso murió asesinado?

—Lo siento, no puedo decirle más, Carol.

—Quizá alguien quería apoderarse de la M. S., ¿no?

Phirsby se encogió de hombros.

—Hablemos de otra cosa —dijo—. Yo vivo también en Silver Falls, pero nunca la había visto a usted hasta ahora. ¿A qué se dedica, Carol?

—Estudio —contestó ella.

—Oh... pero ¿qué estudia?

—Arte. Espero graduarme el año próximo.

—¿Vive sola en Silver Falls?

—Sí. Tengo alquilado un pequeño departamento en Pioneers Road. La ciudad me gusta, Duke.

—Lo celebro. Pero me parece un tanto extraño que estudie Arte y le guste pilotar aviones.

—¿Lo encuentra incompatible?

—Extraño —insistió él.

Carol sonrió.

—En mis estudios se incluye también el arte fotográfico —contestó—. Y, a veces, las fotografías aéreas poseen un gran valor plástico.

Phirsby hizo un gesto de escepticismo.

—Si usted lo dice...

—Por cierto, Duke, todavía no me ha dicho a qué se dedica usted —exclamó ella—. Si es a granjero, se arruinará, seguro; su granja está abandonada...

—El día en que usted llegó como una tromba vestida solamente con una bata de baño, era viernes y mis empleados tenían ya fiesta —explicó Phirsby—. De todas formas, siempre queda uno de guardia para cuidarse de los animales domésticos y en aquellos momentos había ido a la ciudad para comprar algunas cosas. Llegó apenas un cuarto de hora más tarde de irnos nosotros.

—Entiendo. Oiga, ¿no se dedica nada más que a granjero?

—Psé... —dijo él ambiguamente; y Carol, viendo que el joven no quería seguir contestándole, decidió cambiar de conversación.

—Hablemos de mí —solicitó—. ¿Cuánto tiempo puedo estar aún en Carndle Valley?

—Todo el que quiera, sin limitación alguna —respondió Phirsby en el acto.

Duke Phirsby entró en la sala tenuemente iluminada por lámparas azules y en donde las parejas conversaban en voz baja, al son de una música de tonos suaves, dirigiéndose acto seguido hacia

el mostrador, tras el cual se hallaba una hermosa mujer de unos treinta años.

Los ojos de la mujer brillaron al reconocer a su visitante.

—Me parece mentira —dijo, tendiéndole ambas manos, prolongación de unos brazos de marmórea blancura—. Cualquiera podía pensar que te hallabas en el infierno o lugares colindantes.

Phirsby rió jovialmente, sin dejar las manos de la mujer. Contempló unos segundos el nada moderado escote y luego fijó la vista en los negros ojos que le miraban intensamente.

—Quiero hablar contigo, Bonnie Vince —dijo.

—¿Urgente?

—Eh cierto modo, preciosa.

—Estaremos mejor en el despacho. —Bonnie se volvió hacia un hombre vestido con chaquetilla blanca—. Murphy, atienda el mostrador unos momentos, por favor.

—Sí, señora.

Bonnie entró en su despacho y se dirigió a un armario, del que sacó una botella y dos copas.

—Ya puedes hablar, Duke —indicó, mientras destapaba la botella.

—¿Te has enterado del asesinato de Payne Roberts?

—Leo algún que otro periódico —contestó ella irónicamente.

—¿Qué sabes acerca del caso?

—Lo que he leído, Duke.

—Pregunto en plan privado, hermosa.

—Eres muy listo. —Ella se le acercó, ondulando seductoramente—. ¿Cuánto tiempo vas a estar a mi lado? —consultó, con la sonrisa en los labios, carnosos y sensuales.

—No tengo prisa alguna, pero sí deseo esos informes.

—¿Por qué?

—Curiosidad —respondió Phirsby, tratando de dominar la impaciencia que sentía por las delaciones de la mujer.

—Está bien, te lo diré. Fue un asesinato pagado.

—No te preguntaré el nombre del que pagó al asesino; hartó me imagino que es asunto de ambos, es decir, del contratante y del contratado. Pero quizá puedas decirme el nombre del asesino.

—No lo sabe nadie, Duke.

—Es un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado y con el

pelo completamente blanco.

Bonnie se quedó estupefacta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Me lo han dicho —sonrió él.

—¿Quién?

—Un pajarito. Pero dime, ¿conoces o no al hombre del pelo blanco?

Bonnie vació su copa de un trago.

—Personalmente, no —respondió—. Pero si es cierto lo que he oído, que Dios se apiade de tu alma si tratas de meterte con Lott Wedson.

—Creo que, en todo caso, será al contrario: será Wedson quien tenga que rogar a Dios si trata de meterse conmigo —respondió Phirsby.

Sonó el teléfono. Lott Wedson, sentado ante el televisor, con los ojos cubiertos por unas gafas oscuras, pues el resplandor dañaba sus pupilas, alargó la mano y levantó el aparato.

—Sí —murmuró con voz apenas audible.

—Soy yo —dijo el otro—. ¿Qué noticias me da?

—La chica vive todavía.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Qué piensa hacer, Lott?

—Lo vio todo. Debe callar.

—Me pregunto por qué no ha dicho nada todavía.

—A mí también me extraña, pero, en medio de todo, es una suerte.

—¿Conoce su nombre?

—Sí. Carol Udall, Pioneers Road, número setecientos once.

—Dice que ella está con Duke Phirsby.

Hubo un momento de silencio. De pronto, el otro volvió a hablar:

—Lott, quiero encomendarle un nuevo trabajo.

—¿Sí?

—Phirsby.

—¿Habla en serio?

—Hablo por diez mil, Lott.

—Entiendo. Envíe el dinero por correo.

—No fracase, Lott.

—Nunca he fracasado —respondió el asesino orgullosamente.

—Esta vez le vieron.

—Yo me refería a Roberts.

—Ah, entiendo.

—Y aunque me atraparan, jamás delato a mis «clientes». Soy un entusiasta partidario del secreto profesional.

—Eso me tranquiliza, Lott. Buena suerte... y buena caza.

Sonó un «click». Wedson volvió el teléfono a la horquilla.

Por medio del mando a distancia, apagó el televisor. Se quitó los lentes de color y, tras levantarse, se acercó a un aparador, sirviéndose a continuación un solo dedo de *whisky*, que paladeó con deliberada lentitud.

Pensó en Phirsby. Éste no iba a resultar un enemigo tan fácil como Payne Roberts, aunque, bien mirado, Roberts no había sido enemigo nunca. Pero en el caso de Phirsby no podía permitirse el lujo de fallar.

Todavía sentía escalofríos al recordar la lluvia de balas que había caído sobre él cuando estaba tras los arbustos. Tenía la seguridad de hallarse bien escondido y, sin embargo, Phirsby había sabido descubrir su escondite.

Y luego, el ataque con leños... Ahora comprendía que, más que nada, Phirsby había pretendido burlarse de él, pero entonces había pasado mucho miedo.

Iba a cobrar diez mil dólares por la muerte de Phirsby, pero éste era un negocio que hubiera realizado gratis, sólo por desquitarse del pánico que el joven le había hecho pasar.

Apuró el *whisky*. Era cuestión, se dijo, de averiguar si Phirsby y la chica habían vuelto a la ciudad. Lástima no encontrarlos juntos, pensó; entonces sí que haría absoluta realidad el viejo refrán de «matar dos pájaros de un tiro».

Pero aunque fuese tiro a tiro, con tal de conseguirlo, lo demás no importaba.

Mientras abandonaba su piso, meditó sobre el hombre que le había contratado. ¿Por qué había interesado a Sonn Ramley la muerte de Payne Roberts?

Sería interesante averiguarlo. Podía resultarle útil en el futuro.

CAPÍTULO V

Con el vaso en la mano, situado prudentemente tras las cortinillas de la ventana, Duke Phirsby oteó la calle.

No se veía el menor rastro de personas sospechosas. Phirsby, sin embargo, no tenía prisa.

Estaba seguro de que, tarde o temprano, Wedson se dejaría ver. Estimaba a Wedson como a un sujeto inteligente y tenía la seguridad de que el asesino suponía que Carol le había contado todo lo referente al asesinato de Roberts. Por tanto, creía obvio que un día u otro Wedson acudiría en su busca.

Por el momento, sin embargo, no se veía el menor rastro del asesino. Ya sabía, incluso, su domicilio, pero prefería esperar a que Wedson se hiciera visible.

Terminó el vaso y se acercó al teléfono. Marcó un número y dijo que quería hablar con Carol Udall.

La muchacha contestó a los pocos momentos.

—Hola, Duke —saludó alegremente.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó él.

—Bien, completamente repuesta, pero... dígame, ¿hasta cuándo va durar mi encierro?

—¿Se siente tan mal en casa de la señora Muir?

—Oh, no, es una mujer encantadora... pero me ahogo al tener que permanecer todo el día entre cuatro paredes.

—Recuerde que su vida está en juego. Wedson conoce su domicilio.

—¿Wedson? ¿El hombre del pelo blanco?

—Sí, Carol.

—Admirable. ¿Cómo ha sabido usted su nombre?

—Tengo un buen servicio de información —sonrió él.

—Usted elude siempre las respuestas concretas —se quejó Carol.

—Pero confía en mí, ¿no es así?

—Hombre, claro...

—Está bien, eso es todo. Siga en casa de la señora Muir. Ah, y no se preocupe por el importe de la pensión.

—Oiga, yo tengo mis bienes propios...

—Su pensión corre de mi cuenta y no se hable más, Carol.

—Sí, mi general. ¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Por supuesto —accedió él.

—¿Por qué no ha dicho nada a la Policía?

Phirsby soltó una risita.

—*No comment* —respondió, evasivo una vez más.

Y colgó el teléfono.

Encendió un cigarrillo. Volvió junto a la ventana.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo.

—Wedson —murmuró, sin poder contenerse.

El asesino estaba al otro lado de la calle, aparentemente entretenido en contemplar un escaparate. Phirsby lo reconoció por su figura física y el poco pelo blanco que asomaba bajo el sombrero.

Phirsby se puso aún más junto al borde de la ventana, para mirar solamente con un solo ojo. De pronto, Wedson se volvió y levantó la vista hacia el cuarto piso.

Fue una mirada fugaz, incluso podía calificarse de intrascendente. Pero a Phirsby no le engañó la actitud de aparente indiferencia de Wedson.

El asesino estudiaba el terreno, antes de lanzarse al ataque.

Y Phirsby, tras haber llegado a esta conclusión, decidió anticiparse y atacar primero.

Salió de la casa, subió al coche y arrancó con perfecta naturalidad. A los pocos minutos, pudo ver el automóvil de Wedson por el espejo retrovisor.

Condujo tranquilamente, tal como lo hacía de ordinario cuando se dirigía a la granja. Poco después, salió de Silver Falls.

Wedson le seguía implacable. Tal vez pensaba atacarle en algún lugar solitario; quizá sólo pretendía enterarse de sus costumbres. A Phirsby le daba lo mismo; ya tenía sus propios planes trazados.

Media hora más tarde, se metió por el camino secundario que conducía a su propia granja. Entonces, aceleró a fondo.

Wedson entró también por el mismo camino. Sorprendido, vio

que el coche de Phirsby había desaparecido.

Un tanto desconcertado, avanzó cosa de quinientos metros. De pronto al doblar una curva, entre los árboles que bordeaban la ruta, vio un viejo tronco atravesado ante su coche.

Frenó casi en seco, maldiciendo el inoportuno obstáculo. Antes de que pudiera apearse, unas manos le ayudaron a abrir la portezuela.

Luego tiraron de su cuerpo, haciéndole dar un par de vueltas en el aire. Wedson rodó por tierra, mareado y aturdido. Quiso levantarse, pero un puño le golpeó duramente en la mandíbula.

Casi perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, se encontró en medio de la arboleda, fuera del camino, en un punto donde no podían ser vistos.

Sacudió la cabeza. Unas fuertes manos le izaron a pulso y le sacudieron con una rudeza que jamás había conocido.

Por primera vez, Wedson sintió miedo. Había recobrado el conocimiento y, en los fríos ojos de su adversario, pudo ver la implacabilidad más absoluta.

—¿Hablamos, Lott?

Phirsby sonreía. Wedson estaba en pie, con la espalda apoyada en un árbol, y se limpió los labios maquinalmente con la mano izquierda.

—No tenemos nada de qué hablar —contestó, con una extraña voz aflautada—. Usted me ha asaltado y me ha traído aquí, contra todo derecho. Le denunciaré a la policía...

—Y, de paso, dirá: «Yo soy el asesino de Payne Roberts», ¿no es cierto?

Wedson apretó los labios.

—Está bien, no quiere hablar —sonrió Phirsby. De pronto, agarró su dedo índice con su mano derecha—. ¿Quiere que se lo parta?

El dedo crujió. La cara de Wedson se contorsionó a causa del dolor que sentía.

—Ba... basta... —jadeó—. Es cierto... maté a Roberts...

—Y Carol le vio. Usted sabe que ella me lo contó todo, y si no lo sabe se lo supone. Por tanto, yo también soy un individuo al que se ha de eliminar..., ¿por cuánto, Lott?

—Di... diez mil.

Phirsby silbó.

—¡Qué derroche de dinero! —se escandalizó. Pero en voz baja, añadió—: Claro que el asunto lo vale; hay millones en juego.

Miró de nuevo al asesino.

—¿Quién le contrató? —quiso saber.

El dedo de Wedson estaba todavía en su poder. Phirsby hizo presión de nuevo.

Wedson abrió la boca. Pero no pudo decir nada.

La sangre salpicó de repente la cara de Phirsby. A medio metro de distancia, una bala acababa de abrir un sangriento orificio en el pómulos izquierdo del asesino.

Phirsby se tiró instantáneamente al suelo.

El nuevo atacante usaba un arma con silenciador. Phirsby oyó claramente los sordos estampidos y percibió el silbido de las balas sobre su cabeza, rastreándole con sus mortíferas trayectorias.

El arma de Wedson estaba en su poder, ya que se la había quitado al dejarlo sin conocimiento. Phirsby, sin embargo, se abstuvo de utilizarla; abundaban los matorrales en aquel paraje y, lo mismo que él quedaba oculto a la vista del tirador, a éste tampoco le podía ver, al menos, con la suficiente claridad como para hacer buena puntería.

Además, quería guardar las municiones del arma para una ocasión mejor; no sentía el menor deseo de quedarse sin cartuchos en el momento más crítico.

Pasaron unos minutos. De pronto, Phirsby oyó el ruido de un motor que se alejaba.

El asesino que había matado a otro asesino, escapaba de aquel lugar. Probablemente, calculó, le había interesado más hacer callar a Wedson.

Una cosa era indudable: Wedson se había creído muy listo, pero había alguien todavía más y que fiscalizaba sus acciones.

Wedson se había enterado demasiado tarde de ello, reconoció Phirsby con amargura.

Bajó la vista hacia el asesino. Sorprendentemente, Wedson vivía todavía.

Phirsby se arrodilló a su lado.

—Hable, Wedson —pidió.

Los labios del asesino se movieron débilmente:

—Sonn... Ram... ley...

Y eso fue todo lo que dijo. Su cuerpo sufrió una última convulsión y luego adquirió la suprema inmovilidad de la muerte.

—Ramley —repitió el joven.

Permaneció unos momentos en el mismo sitio. Luego limpió cuidadosamente el revólver de Wedson y lo puso en su mano derecha. Era preciso hacer creer que Wedson había sido muerto sin tener tiempo de defenderse.

—Y, en realidad, ¿no ha sido así? —murmuró.

Salió al camino y apartó el viejo tronco, cuya existencia conocía de antemano. El coche estaba unos metros más adelante. Momentos después, emprendía el camino de regreso a la granja.

Había otras en las inmediaciones. Algún granjero vería el coche abandonado, aquella misma tarde o a la mañana siguiente.

Actuó con plena normalidad. Su capataz le informó de la marcha de los trabajos y él aprobó todas sus decisiones.

Luego fue al cobertizo en donde guardaba el viejo pero confiable *Curtiss*. Era un biplano que le gustaba sobremanera. Pasó la mano por su fuselaje, como si fuese el lomo de un caballo de pura sangre.

Al cabo de unos momentos, se puso un manchado mono de mecánico y emprendió la tarea de revisar el motor y tenerlo todo a punto. Uno no sabía cuándo podía utilizar aquella montura aérea y convenía estar dispuesto para el despegue en cualquier momento.

CAPÍTULO VI

Por segunda vez en pocos días, Phirsby entró en el Lennox, y se acercó al mostrador. La hora, sin embargo, no era muy propicia, y el local estaba semidesierto.

Bonnie estaba en su puesto, a pesar de todo. Phirsby sabía que era una mujer que podía tener sus caprichos, pero a la que no le gustaba descuidar el negocio.

—Hola, zorro —saludó ella—. ¿Qué te sirvo?

—Lo mismo que tú —contestó Phirsby.

—No tengo ganas de beber, Duke.

—Entonces, ponme una tónica, simple, sin limón, hielo ni otras zarandajas.

—Sobrio vienes —comentó Bonnie sarcásticamente—. ¿Tienes úlcera?

—Digiero piedras..., pero no otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Las que hace, o le mandan hacer, un tipo llamado Sonn Ramley.

Bonnie se acodó en el mostrador. Según su cliente, le gustaba hacer ostentación de sus abundantes encantos pectorales. Y ella sabía que a Phirsby le gustaba aquella perspectiva.

—Es director de la
Electronics & Radio
Implements —dijo.

—Empresa rival de la Mechanics Supplies.

—Eso se dice. Yo, neutral, buen mozo.

—¿También conmigo? —sonrió él.

—¿No eres neutral en los últimos tiempos conmigo?

—Buena respuesta —aprobó Phirsby—. Pero estábamos hablando de dos empresas rivales. El director de una de ellas ha sido asesinado.

—Y el vivo ha sido interrogado a fondo por la policía.

—Sin resultados, me imagino.

Bonnie hizo un movimiento con los hombros.

—Rutina —contestó.

—Bien, ¿qué me dices de Ramley? En el aspecto personal, claro.

—Le gusta lo bueno en todo.

—¿Por ejemplo?

—Trajes caros, un «Mercedes», una magnífica residencia... y Pamela.

—¿Quién es Pamela?

—La distracción favorita de Ramley. Una Venus de carne y hueso.

—Entiendo. ¿Cómo se llama y dónde está la residencia privada de Ramley?

—High Palms, a dos mil metros de la ruta doce. Hay alambradas y un par de mastines.

—Lo tendré en cuenta. ¿Puedo despedirme de ti con una última pregunta?

—Me gustaría otro género de despedida —expresó Bonnie, con los ojos particularmente brillantes.

—Ya llegará —dijo él—. La pregunta es: ¿De dónde demonios sacas tantas y tan buenas informaciones?

Bonnie rió significativamente.

—Que venga alguien a preguntarme por ti —contestó—. También podré darle muchos datos, si lo estimo conveniente, por supuesto.

—Discutiremos ese punto en mejor ocasión. Gracias y adiós.

Phirsky salió a la calle y subió a su coche.

Atardecía ya. De pronto, sintió deseos de ver a Carol Udall.

La señora Muir vivía casi en el otro extremo de la población. Silver Falls no era ciertamente una ciudad pequeña —bordeaba los cien mil habitantes—, de tal modo, que aun hallándose High Palms fuera del casco urbano, se podía decir que le quedaba aún más cerca que la casa de la señora Muir.

Pero todavía no había llegado el momento de ir a High Palms. Antes debía hacer otras cosas.

De repente, le pareció que era seguido por otro coche.

Un par de maniobras le convencieron de sus sospechas. El coche

perseguidor, lo tuvo justamente detrás en el próximo semáforo en rojo, estaba ocupado por dos sujetos, cuyos rostros no pudo distinguir por el espejo retrovisor.

Lo que menos le convenía era que nadie conociese el escondite de Carol. La muchacha corría serio peligro. Había que hacer algo, se dijo en el acto.

Torció por la primera bocacalle a la derecha. En cuanto vio un hueco libre, estacionó el automóvil, saltó al suelo y buscó una cabina telefónica.

Momentos después, estaba en contacto con la muchacha.

—Iba a verla, pero no puedo —dijo.

—¿Por qué, Dulce?

—Me persiguen.

Carol lanzó una exclamación de susto.

—¡Eso es terrible! ¿Qué piensa hacer?

—Deshacerme de mis perseguidores, claro.

—Pero puede resultar peligroso...

—Lo siento; no quiero tener a dos sabuesos constantemente detrás de mí —dijo Phirsby, tajante.

—Tenga mucho cuidado —aconsejó Carol—. Usted está pasando todos estos inconvenientes por mi culpa...

—Con muchísimo gusto —rió él—. ¿Qué tal se encuentra ahí?

—Aburridísima. Si al menos pudiera ir a volar media hora todos los días...

—Por el momento, olvídelo.

—Es que ya estaba a punto de conseguir el título. Y ahora que sé que tiene ése estupendo avión, tengo unas ganas locas de volver a volar en él.

Phirsby contuvo un taco. Todavía sudaba al recordar el enloquecido despegue que había hecho Carol semanas antes cuando era perseguida por Wedson.

—Ya volará en él todo lo que guste, cuando se haya pasado todo —dijo.

—Está bien. ¿Qué hace ahora?

—Tengo una pista, pero no puedo decirle más por teléfono. Hasta la vista, Carol.

—Llámeme pronto, Duke —rogó la chica.

Phirsby colgó el teléfono en la horquilla y miró a su alrededor.

El coche de sus perseguidores estaba a unos cincuenta pasos de distancia, en la otra acera, ya que era calle de dirección única. Entretenido en la conversación no se dio cuenta de que Pete Haldon había filmado sus movimientos en la cabina con una diminuta cámara, provista de *zoom*, lo que le había permitido registrar el número telefónico que había marcado.

Por otra parte, su compañero, Bill Crawford tenía en la mano una especie de catalejo de mucha boca, que había mantenido persistentemente enfocado hacia la boca del joven. Un cable unía el catalejo a una pequeña grabadora de cinta, situada sobre sus piernas. El aparato no era otra cosa que un sensible fonocaptor que, bien dirigido, aislaba casi totalmente los demás sonidos del que se quería registrar.

De pronto, Haldon vio que Phirsby salía de la cabina.

—Tengo la sensación de que ya no es necesario que le sigamos —dijo—. Vamos a entregar el material, Bill.

—De acuerdo, Pet —contestó el otro.

La mano, blanca, de largos dedos y afiladas uñas, sostenía una larga boquilla, al extremo de la cual se hallaba un humeante cigarrillo. En la pantalla aparecieron las imágenes registradas por la cámara pocas horas antes.

El *zoom* había tomado un primer plano de Phirsby y se le veía hablando por teléfono con toda claridad. Por otra parte, la pantalla medía casi tres metros de lado y la figura del joven aparecía, por tanto, casi triplicada de tamaño.

—Hay que repetir la proyección, deteniéndose cada vez que él marque un número —ordenó ella.

—Sí, señora —contestó Haldon.

La grabación de sonidos había sido reproducida ya. Por tanto, sabían que Phirsby había estado conversando con Carol Udall.

Cifra por cifra, pudieron enterarse del número telefónico al que había llamado Phirsby. Si sabían ya que había hablado con Carol, ahora conocían el número de teléfono de su actual residencia.

Ella lo anotó. Luego hizo un gesto con la mano.

El proyector se apagó. Crawford encendió las luces.

—Por ahora, yo me ocuparé de ese teléfono —dijo la mujer—. ¿Quién fue el que siguió a Wedson?

—Rustler, señora —contestó Haldon.

—Quiero verle lo antes posible. Eso es todo.

—Sí, señora —contestaron los dos sujetos al mismo tiempo.

La mujer quedó sola. Al cabo de unos instantes, tomó el teléfono.

—Sonn —dijo a poco.

—Sí, yo mismo.

—Tome nota: E-

44 160.

—Es un número de teléfono —dijo Ramley, sorprendido.

—Ya lo sé. ¿Por qué cree que le llamo?

—Ah, comprendo. Quiere que averigüe la persona a la que corresponde ese teléfono y su domicilio.

—Exacto. Pero, además, rápido.

—¿Es interesante?

—Carol Udall está donde está ese teléfono.

—Oh. —Ramley hizo una corta pausa—. Muy bien, seré rápido —dijo al cabo—. ¿Nada más?

—Eso es todo. Adiós.

El teléfono volvió a su sitio. Ella volvió a sentarse lánguidamente. Puso un nuevo cigarrillo en la boquilla y lo encendió.

Reflexionaba. Duke Phirsby, se dijo, podía resultar un hombre peligroso.

Pero quizá por eso mismo valía la pena intentar el conocimiento exacto de sus intenciones. Acaso podía resultar más interesante tenerlo al lado que como enemigo.

Al cabo de unos minutos, la mujer se levantó y fue a su dormitorio, en donde empezó a cambiarse de ropa. Iba a iniciar la caza de Phirsby, se dijo, satisfecha, mientras contemplaba su espléndido cuerpo ante el espejo de dos metros de alto por otro tanto de ancho.

Sí, sería una «caza»... muy particular, pensó, a la vez que trataba de elegir el vestido más adecuado para la misión que se había impuesto a sí misma.

Tardó bastante. Al terminar, aparecía sencilla, pero con una elegancia difícilmente igualable.

De pronto, llamaron a la puerta.

Ella tocó un botón de su tocador y preguntó:

—¿Quién?

—Rustler, señora.

El índice de la mujer presionó un segundo botón. La puerta del departamento se abrió automáticamente.

Ella abandonó el lujoso dormitorio y salió al encuentro del recién llegado, un sujeto alto, fornido, de rostro pétreo y ojos glaciales.

—Hola, Guy —saludó, mientras se ponía unos guantes de fina piel—. Estoy aguardando una llamada telefónica. Toma tú el recado. Se trata de un domicilio particular. Allí está una chica que se llama Carol Udall. En cuanto lo sepas, procura quitarla de en medio.

—Sí, señora —contestó Rustler inexpresivamente.

—Por supuesto, con toda discreción.

—Yo siempre actúo discretamente, señora.

—Lo celebro, Guy. Ah, ¿hay noticias de Warden?

—Yo no sé nada, señora —dijo Rustler.

—Es probable que llame también por teléfono. Dile que necesito verle con toda urgencia. Eso es todo, Guy.

—Sí, señora.

La mujer salió del departamento. Iba a empezar la caza de Duke Phirsby.

Y esperaba cobrar la pieza.

CAPÍTULO VII

Por la tarde, Phirsby había explorado High Palms desde un lugar discretamente protegido, con la ayuda de unos potentes prismáticos. Ahora ya conocía bastantes detalles de la lujosa residencia del presidente de la

E. R. I.

Había visto una doncella y un criado, que le pareció más un guardaespaldas, a juzgar por su aspecto. En cambio, no había conseguido ver a Pamela Zritton, la Venus de carne y hueso que, según Bonnie, era el último capricho de Ramley.

Para Phirsby, una cosa estaba bien clara: Ramley tenía caprichos de mucho dinero. Y la

Electronics & Radio

Implements, aun siendo una empresa de relativa importancia, no lo era tanto como la Mechanics Supplies ni tampoco, en su opinión, daba los rendimientos que pudieran justificar aquel lujo tan ostentoso.

High Palms era una residencia poco menos que de fábula. Phirsby se estremeció al pensar en el precio de aquellas treinta palmeras que, estaba seguro de ello, no habían nacido allí, sino que habían sido trasplantadas desde Dios sabía dónde.

La enorme piscina, la casa, seguramente dotada de todos los adelantos, además de la decoración interior, que debía de haber resultado carísima, la servidumbre, los coches... y Pamela, que no debía de ser precisamente una chica barata.

Sería cosa de averiguar los bienes personales de Ramley, se dijo; y mejor todavía, el estado de su cuenta corriente.

Después de casi cuatro horas de continua observación, abandonó su escondite y regresó a su automóvil, prudentemente situado en un lugar discreto. Volvió a la ciudad, sintiéndose un tanto defraudado al no haber podido ver a Pamela.

Era hora de cenar y fue a un restaurante relativamente modesto, pero en donde la experiencia le había enseñado que se comía bien y barato. Cenó con magnífico apetito. Al terminar, y tras haber comprobado con no poca satisfacción que no había sido seguido, se dispuso a regresar a su casa.

Deseaba hablar de nuevo con Carol. De pronto, tropezó con alguien.

La mujer lanzó un «¡oh!» de sorpresa. Phirsby se disculpó cortésmente.

—Lo siento, señora —dijo, a la vez que se agachaba para recoger el bolso que se le había caído a ella en el encuentro.

—No tiene importancia —contestó la mujer, con hechicera sonrisa—. A usted le conozco yo —añadió de pronto.

Phirsby sonrió.

—No creo tener el honor, señora —contestó.

—Sí, hombre, sí. ¿No eres tú Johnny Mac Millan? Yo soy Lya Winner...

—Señora Winner, créame que envidio a Johnny muy sinceramente, pero yo no soy ese hombre tan afortunado. Me llamo Duke Phirsby.

—Oh, qué coincidencia —exclamó ella—. Son ustedes tan parecidos y... Claro está que hace muchos años que no he visto a Johnny y ello ha podido influir en mi confusión. Le ruego me dispense, señor Phirsby.

—No hay nada que dispensar, señora. Y, permítame una galantería: no puede hacer muchos años que usted no ha visto al tal Johnny Mac Millan. Es usted demasiado joven para que haya sucedido una cosa así.

Lya rió, esponjándose visiblemente.

—Acepto la galantería, señor Phirsby —contestó—. Y ahora, si me lo permite... Iba a volver a mi casa. Ha sido un placer, créame.

—El placer es mío, señora Winner.

En la acera se encontraron de nuevo. Phirsby se dio cuenta de que Lya miraba irresoluta a derecha e izquierda.

—¿Busca su coche, señora? —preguntó, con el sombrero en la mano.

Ella se volvió y le dirigió una mirada encantadora.

—He venido en taxi y ahora no veo ninguno —contestó.

—En ese caso, si me lo permite, yo tengo mi coche aquí cerca. Para mí sería un honor acompañarla a su casa.

—Acepto agradecida, señor Phirsby.

Momentos más tarde, subían al coche. Al terminar el viaje, no demasiado largo, Lya manifestó que quería expresar su gratitud al joven con una copa en su casa.

Phirsby dudó mi momento, pero acabó por aceptar.

—Si no hay... un competidor —dijo jovialmente.

—Soy total y absolutamente libre —aseguró Lya.

Era muy hermosa, se dijo Phirsby. Y nunca había sido insensible a los encantos de las mujeres hermosas.

La velada resultó muy agradable. Phirsby regresó más tarde a su casa.

Sentíase sumamente satisfecho. Además de hermosa, Lya había demostrado ser una mujer sensible a sus avances amorosos. Volverían a verse; ella había aceptado la propuesta sin demasiadas dificultades.

En cuanto a Lya, no se sentía menos satisfecha.

—Ya lo tengo en mis redes —se dijo, después de la despedida, bastante más cálida de lo que cabía esperar entre un hombre y una mujer que se habían conocido el mismo día.

A las ocho de la mañana sonó el teléfono.

Era Carol. Phirsby, medio dormido, apenas si atendió a lo que le decía la muchacha:

—Lo siento, Duke, pero ayer estaba tan aburrida, que me escapé y... ¿adivina adonde fui? Estuve en la escuela de aviación y volé ya sola. Me faltaban apenas sesenta minutos de vuelo y ya he conseguido el título... A usted no le importará que vuele un rato en su avión, ¿verdad?

—Sí, sí... —contestó el joven, sin captar por completo el significado de la petición de la chica.

—Gracias —exclamó ella con vehemencia.

Y colgó el teléfono.

Phirsby volvió a dormirse en el acto.

Un cuarto de hora más tarde, despertó de pronto. Entonces, recordó de un modo súbito y completo la breve conversación que había sostenido con la muchacha y se tiró de la cama.

—Se ha vuelto loca —dijo, mientras se vestía a toda prisa.

Apenas habían dado las nueve, cuando Carol llegó a la granja de Phirsby. Dejó su coche junto a la entrada y, resuelta, avanzó hacia el cobertizo donde el joven guardaba su aeroplano.

El capataz y los peones no aparecían a la vista. Seguramente andaban trabajando por otro sitio. A Carol no le importó en absoluto.

Había hablado con Phirsby más de una vez de su avión y de la forma en que estaba protegido. Por tanto, sabía que las puertas correderas del hangar se movían mediante un mecanismo eléctrico.

Carol no se dio cuenta de que un hombre seguía todos sus pasos. Buscó la puerta lateral del cobertizo y entró. El avión, reluciente, casi como si hubiera salido la víspera de la fábrica, apareció ante sus ojos.

Guy Rustler atisbo a través de la puerta y vio a la muchacha poniéndose el mono de vuelo. Carol se colocó luego el casco y las gafas. Acto seguido, trepó a la cabina.

Agachado, Rustler corrió hasta situarse junto al avión. Cuando el aparato empezó a trepidar, a causa de los primeros petardeos del motor, subió a la cabina posterior, sin que Carol se diera cuenta de que iba a llevar un pasajero en su vuelo.

Rustler quería seguir a la muchacha dondequiera que fuese. Quizá trataba de alejarse de Silver Falls. Matarla en aquella granja podía resultar comprometedor.

El avión rodó lentamente hasta asomar al exterior. Carol calentó el motor todavía un poco más. Rustler permanecía agachado en la carlinga. De pronto, el *Curtiss* inició la carrera de despegue.

Segundos más tarde, se lanzaba al aire. Carol ganó altura y describió unos cuantos círculos a varios cientos de metros.

Era una sensación embriagadora sentirse en el aire, viendo la tierra allá abajo. El ruido del motor le parecía el sonido más encantador del mundo.

Hizo unos cuantos ejercicios de ascenso y descenso, picando con relativa suavidad. De pronto, notó cierta dificultad en los mandos.

Parecía como si los pedales de dirección se hubiesen trabado. Ella tenía la seguridad de que los mandos respondían perfectamente.

De pronto, se volvió.

El corazón se le paró en el acto al ver el rostro verdoso y

desencajado del hombre que había en la cabina posterior.

A Carol le resultaba totalmente incomprensible la presencia del individuo en el avión. Hasta entonces, ni siquiera había sospechado que pudiera llevar un pasajero clandestino.

Por su parte, Rustler se sentía terriblemente mal. Ahora maldecía el momento en que se le había ocurrido subirse al avión. Había llegado a creer que Carol tenía intención de alejarse de Silver Falls, pero ahora comprendía que la muchacha sólo quería hacer prácticas de vuelo.

Pero ya no podía resistir más. Sacó la pistola y colocó la boca del cañón sobre la cabeza de la joven.

—Aterrice —gritó.

Carol no le oyó. Rustler le tocó en el hombro y señaló hacia el suelo.

Ella asintió. Tenía un miedo espantoso.

Estaba segura de que aquel hombre la asesinaría en cuanto aterrizase. ¿No había medio de eludir la horrible suerte que la aguardaba apenas tocasen el suelo las ruedas del *Curtiss*?

Describió un amplio viraje. La granja estaba a unos cinco kilómetros de distancia.

Rustler volvió a golpearla en el hombro con la mano izquierda. Eran unos gestos llenos de nerviosa impaciencia.

Carol consultó el altímetro. La distancia al suelo era todavía de unos seiscientos metros.

De repente, sintiéndose desesperada, movió la palanca con brusquedad hacia la izquierda.

El avión volteó en el aire. Carol se sintió colgar de los atalajes de sujeción.

Pero Rustler no estaba sujeto.

El grito de pavor del individuo se alejó rapidísimamente. Carol oyó un débil sonido al principio, pero no pudo escuchar el final.

El dueño del *Curtiss* había llegado hacía unos minutos a la granja y contemplaba desde el suelo las evoluciones del aparato. Junto a él, se hallaban el capataz y un par de operarios.

—Le juro que no sabíamos nada, patrón —dijo Juan Ribera, el capataz—. Oímos de lejos el ruido del motor, pero creímos que era usted y seguimos con el trabajo...

Phirsby tenía el rostro contraído.

—¿Es que esa chica está demente? —Gruñó.

El biplano parecía regresar a la granja.

—Juan, te aseguro que, en cuanto aterrice, la voy a coger por mi cuenta y va a tener que dormir un mes seguido boca abajo —exclamó Phirsby.

De repente, el avión inició lo que parecía un tonel.

Un bulto oscuro se desprendió del fuselaje y empezó a caer a gran velocidad hacia la tierra.

—¡Se ha caído! —aulló Ribera.

Pero el avión se enderezó de nuevo y pronto inició la maniobra de aproximación al campo de aterrizaje. El ruido del motor no había sido suficiente para apagar el horrible alarido que había descendido del cielo y que, aun lejano, había llegado con toda claridad a los espectadores de la escena.

CAPÍTULO VIII

La toma de tierra fue poco menos que catastrófica, a velocidad Superior a la normal y con varios rebotes, que hicieron cerrar los ojos a Phirsby.

Luego, el joven y sus empleados tuvieron que escapar a la carrera de aquella masa rugiente que se les echaba encima. El *Curtiss* hizo saltar en astillas una cerca y luego hundió las ruedas en una zanja de irrigación. La cola quedó empinada y si el aparato no dio la voltereta se debió a la ya escasa velocidad que poseía en aquellos últimos instantes.

Phirsby y sus peones corrieron hacia el aparato. Por fortuna, Carol había tenido la suficiente serenidad para cortar el contacto a tiempo, por lo que el riesgo de incendio había quedado eliminado.

Carol saltó al suelo, presa de un ataque de nervios.

—Ese hombre... quería matarme... Yo no sabía qué hacer... Ni siquiera sabía que estuviera a bordo... Me llevé un susto terrible...

Phirsby la pegó unas cuantas sacudidas, a fin de hacerla reaccionar.

—Cálmese —gritó—. Ya se ha acabado todo, ya está a salvo. No tiene nada que temer, ¿me entiende?

Carol miró hacia el aparato y se echó a llorar de nuevo.

—Le he estropeado su avión... Usted lo apreciaba tanto... Soy una loca... Ahora tendré que trabajar toda mi vida para pagarle otro nuevo...

—Basta ya —cortó Phirsby. Los sollozos de Carol le irritaban más que si ella se hubiese mostrado desafiadora—. Píalo salvado la vida y eso es lo que importa.

—¿De... de veras no me reprocha que...?

Phirsby emitió un bufido. ¿Qué iba a ganar con impropiedades y reproches?

—Será mejor que me cuente lo ocurrido con todo detalle —

pidió.

Carol se sentía ya un poco mejor. Habló durante unos minutos y luego esperó lo que le parecía iba a ser la sentencia condenatoria del joven.

—Está bien —dijo Phirsby—. Juan, llévela a la casa y dele café. Tony, Ricardo, vamos al *jeep*; hemos de buscar el cadáver de ese individuo.

Uno de los peones corrió en busca del *jeep* que se utilizaba para los trabajos en la granja. Mientras, Carol se encaminaba hacia la casa acompañada del capataz.

Phirsby y los peones encontraron el cadáver poco más tarde, a unos dos kilómetros y medio de los edificios. El aspecto de aquel Cuerpo, después de una caída de seiscientos metros, no tenía nada de agradable.

El joven no tardó mucho en tomar una decisión.

—Tony, este hombre llevaba una pistola consigo —dijo—. Es probable que la perdiera en la caída. Trate de buscarla, pero marque el sitio donde la encuentre, sin tocarla. Ricardo, usted se quedará de guardia junto al cadáver, hasta que llegue la policía.

—Sí, señor —contestaron los peones al unísono.

Phirsby regresó a la casa. Lo primero que hizo fue utilizar el teléfono.

Luego aceptó la taza de café que la propia Carol le había servido. Ella aparecía compungida, llena de aflicción.

—Ha tenido que llamar a la policía —dijo.

—No había otro remedio.

Hubo un momento de silencio.

—¿Me... me acusarán de asesinato? —preguntó ella, temerosamente.

—No lo creo. Usted podría alegar que no sabía que llevaba al pasajero, pero eso sería difícilmente aceptable por la policía, a pesar de que sea cierto. Diga la verdad, simplemente.

—Iré a parar a la cárcel.

—No estaría mucho tiempo, en todo caso.

—Vaya unos ánimos que me da usted —se quejó Carol.

—Escuche, usted ha cometido unos hechos, y no discutiré ahora los motivos, pero sea como sea, debe afrontar las consecuencias. Estoy seguro de que el muerto era un pistolero que trataba de

asesinarla; por tanto, usted actuó en legítima defensa. Pero esto es algo que siempre cuesta un poco de aclarar y más cuando no se tienen testigos del hecho.

—Ustedes vieron caer al hombre. Ribera me lo ha dicho...

—Sí, pero no veíamos que la amenazaba con una pistola.

Carol volvió a guardar silencio.

—Afrontaré lo que sea —dijo al cabo.

Phirsby se humanizó un poco.

—Saldrá con bien de todo esto, pero, si me permite, voy a darle un consejo —solicitó.

—Sí, desde luego —aceptó ella.

—No mencione a Peters para nada; no diga que presenció el crimen.

Carol le miró extrañada.

—Podría decir que quieren matarme por eso mismo precisamente...

—Wedson ha muerto. Y yo tengo mis propios planes respecto al asesinato de Peters.

—Duke, le juro que no le comprendo a usted. ¿Qué interés tiene en el asesinato de Peters? —dijo la muchacha, llena de extrañeza.

Phirsby emitió una sonrisa sibilina. Luego volvió junto al teléfono.

—Voy a llamar al aeródromo —dijo—. Tienen que venir los mecánicos con los elementos necesarios para desmontar el avión y llevárselo a los talleres, a fin de repararlo.

Carol entendió el sentido evasivo de aquella respuesta. Y no era la primera vez que el joven eludía alguna de sus preguntas.

La intuición femenina le dijo que debía respetar la discreción que Phirsby quería guardar sobre el caso del que se había convertido, involuntariamente, en una de sus principales protagonistas.

El hombre era de regular estatura y parecía que las ropas le flotasen como si, en pocas horas, hubiese perdido diez kilos de peso. El sombrero volteaba en sus manos y sus ojos miraban con poca fijeza a la hermosa mujer que tenía ante sí.

—Lo siento, señora; no he podido averiguarlo, por más esfuerzos que he hecho —dijo Fred Warden.

Lya fumaba en silencio, en su inevitable boquilla, ataviada con

una blusa escotadísima y unos pantalones negros, que parecían pintados sobre la mitad inferior de su cuerpo.

—Está bien, Fred —dijo, tras una pausa de reflexión—. No tengo nada que reprocharle, porque ya me imagino que usted ha hecho todos los posibles para averiguar lo que tanto me interesa. Pero quiero que me diga algo.

—Sí, señora, lo que usted desee —contestó el individuo ansiosamente.

—Se trata de una pregunta muy sencilla, Fred. En su opinión, ¿quién conoce el paradero de... la documentación que tanto me interesa?

—Hay dos posibilidades, aunque creo que una de ellas debe ser excluida. Me refiero al inventor, naturalmente; pero sospecho que entregó todos los resultados de su labor al señor Peters.

—El inventor murió hace casi un año.

—Sí, por eso digo que es preciso excluir esa posibilidad. Pero queda Boyne Mac Pherson.

—El director ejecutivo.

—Sí, señora. Estoy seguro de que él guarda los documentos en su caja fuerte privada.

Lya hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, Fred —dijo—. Ensayaremos esa posibilidad. Por ahora, eso es todo.

Warden entendió que se le despedía y se marchó.

Crawford y Haldon aparecieron segundos más tarde, surgiendo de una habitación vecina.

—¿Han oído? —preguntó ella.

—Sí.

—Pero nosotros, de cajas fuertes, no...

Lya interrumpió a Haldon, que había hablado en segundo lugar.

—Becco Darlandi se encargará del asunto —decidió—. Ustedes sólo tienen que acompañarle, por si hubiese dificultades en el desarrollo de la operación.

—Sí, señora —contestó Crawford—. Pero ¿qué hay de la chica? Rustler ha muerto y...

Lya entornó los párpados.

—Nunca me hubiera imaginado que Rustler acabara de una forma semejante —dijo—. Pero, hasta ahora, no se sabe que esa

muchacha haya mencionado nada sobre Peters. Será mejor que nos ocupemos de Mac Pherson por el momento. Yo tengo que salir ahora —añadió—. Volveré mañana; entonces nos veremos de nuevo.

Ya no había más que hablar. Haldon y Crawford abandonaron el departamento. Y Lya, por su parte, se dirigió al dormitorio, a fin de vestirse adecuadamente.

El coche, un espléndido descapotable color marfil, se detuvo ante la puerta que permitía el paso al jardín de las palmeras. Un hombre armado con un revólver y que sujetaba con la mano izquierda la cadena que terminaba por el otro extremo en el cuello de un poderoso mastín, accionó el mecanismo eléctrico que permitía la abertura de la puerta.

Phirsby contempló la operación a través de los prismáticos. Conque aquella aparatosa rubia platino era la Venus de carne y hueso que hacía compañía a Ramley en sus horas de soledad, se dijo.

No era una chica barata, estimó. Al poco rato, la vio salir de la casa, vestida únicamente con un sucinto «dos piezas». Pamela Zritton se puso el gorro de baño y, sin más dilación, se lanzó de cabeza a la piscina.

Phirsby ya tenía suficiente. Ahora, se dijo, sería cosa de entrar en relación con Pamela. Pero no resultaría una labor fácil, puesto que ignoraba su domicilio.

«Quizá Bonnie sepa algo», pensó.

Y ya se disponía a retirarse, cuando, de pronto, vio llegar a un segundo automóvil.

Ramley era su conductor. A los pocos instantes, Pamela salió de la piscina, se envolvió en una bata de baño y corrió al encuentro del recién llegado, para abrazarle efusivamente.

Phirsby no quiso seguir mirando. Abandonó el observatorio y se encaminó en busca de su automóvil, cuando ya el cielo empezaba a teñirse de violeta.

Media hora más tarde, estaba en el despacho de Bonnie Vince.

CAPÍTULO IX

—Tú pides mucho, pero das poco —se quejó Bonnie.

—Mujer...

—Pero, dime, ¿qué diablos pretendes con lo que estás haciendo?

—¿No eres capaz de tener un poco de paciencia? Lo sabrás todo, cuando haya terminado.

Ella le dirigió una mirada crítica.

—A veces dudo de que sea realmente tu amiga, dicho sea en el mejor sentido de la palabra —manifestó.

—Yo te considero como una amiga leal y sincera. Por eso sé que me ayudarás —dijo Phirsby.

Bonnie suspiró. El tejido que cubría su busto opulento crujió alarmantemente.

—Está bien, está bien, me rindo —dijo al cabo—. ¿De qué se trata, pedazo de...?

Phirsby se echó a reír. Luego se acercó al aparador y empezó a verter *whisky* en dos vasos altos.

—Me hablaste de Pamela Zritton —contestó—. Me gustaría hacerle una visita privada.

—Ve a High Palms...

—Ella no reside allí permanentemente.

—Oh, eso no lo sabía yo —dijo Bonnie.

—¿Quién te dijo lo del lío de Pamela con Ramley?

—Secreto profesional, Duke —sonrió ella.

—Está bien, no insistiré más. Tú siempre estás enterada de muchas cosas...

—Incluso de los motivos de tu actuación.

Phirsby respingó.

—Oye, que yo no he dicho...

—Pero te conozco, y conocí también a tu padre. Y sé las relaciones que le unían con la M.

S. Si

añadimos a eso que Peters fue asesinado, podremos atar ciertos cabos, ¿no crees?

—Tienes razón —convino él.

—¿Por qué no recurres a la policía?

—Éste es un asunto digamos privado.

—De mucho dinero.

—No se trata sólo del dinero, sino de hacer algo parecido a la justicia.

—Peleas por el honor.

—Una definición bastante acertada, Bonnie —aceptó él.

—Eso me gusta. En este mundo materialista y corrompido, ver a un hombre que lucha por el honor, es muy reconfortante.

—Gracias, Bonnie. ¿Puedo contar contigo para que me averigües el domicilio de Pamela?

—Ve tranquilo, bribón. —Ella volvió a suspirar ardientemente—. Y ya me pagarás cuando..., iba a decir cuando puedas, pero será cuando quieras.

Phirsby se acercó a la mujer y la besó en una mejilla.

—Eres maravillosa —dijo, como despedida.

Más tarde, Phirsby usó el teléfono.

—Llamé ayer y no contestó usted, señora Winner —dijo.

—Estuve fuera de Silver Falls —se disculpó Lya—. Pero hoy estoy en Silver Falls —añadió intencionadamente.

—En tal caso, me gustaría llevarle un ramo de flores. ¿Puedo?

Lya rió suavemente.

—Acepto el ramo y se lo pagaré con una copa —contestó.

Adormilado todavía, Phirsby levantó el teléfono. Con ojos cubiertos de brumas, contempló el reloj despertador que estaba sobre la mesilla de noche.

Eran las nueve y media de la mañana. La voz de Carol sonó inmediatamente en sus oídos.

—Por fin está en casa —exclamó la chica.

—¿Dónde diablos creía que iba a estar? —rezongó él.

—No lo sé. Ayer, a las once y media de la noche, no estaba en casa, seguro. Y a las dos de la madrugada de hoy, tampoco.

—¿Fiscaliza todos mis pasos, Carol?

—¿Quién, yo? Simplemente, quería hablar con usted y darle las gracias por cuanto ha hecho en mi favor.

—No se preocupe. Tenía que hacerlo así, es todo.

—Me salvó de la cárcel...

—Rustler era un asesino. Usted se defendió como pudo, simplemente.

—Todavía me dura el miedo que pasé. Creo que no voy a volar más en los días de mi vida, Duke.

—Vamos, vamos, no siempre va a llevar a un asesino en el asiento posterior. Dentro de una semana, tendré listo el avión y volaremos de nuevo los dos juntos.

—Oh, Duke, me siento... ¿De veras no me guarda rencor por los destrozos que causé en el avión?

—El rencor no sirve para reparar averías —contestó él sentenciosamente.

—Pero la factura...

—Estaba asegurado, no se preocupe más. ¿Qué tal lo pasa en casa de la señora Muir?

—Muy mal, Duke.

—Carol, no me diga que...

—No hago más que comer y dormir. Me voy a poner como un tonel —se quejó la muchacha.

Phirsby rompió a reír.

—Escuche, le voy a proponer un trato, para evitar que engorde —dijo.

—Acepto —contestó ella en el acto.

—¿Sin saber siquiera de qué se trata?

—Con tal de salir de aquí, cualquier cosa es buena, Duke.

—Está bien, pero que no la oiga la señora Muir, Carol.

—Está en la cocina, no hay cuidado. Venga esa proposición —pidió ella, impaciente.

—Mi granja.

—Oh... —Carol hizo una corta pausa y añadió—: Me gustará pasar allí unos días. Podré corretear por los campos...

—Sí, y cortar florecillas y perseguir a las mariposas —dijo él con sorna—. Luego iré a buscarla —prometió.

—No tarde —contestó ella, ansiosamente.

Phirsby fue a la ducha y se vistió. Terminaba de desayunar,

cuando sonó el teléfono.

—¿Duke? Soy Boyne Mac Pherson —dijo el que llamaba—. Necesito hablar contigo.

—¿Es urgente, Boyne? —preguntó el joven.

—Estoy preocupado, Duke.

—¿Qué te ocurre? ¿Pasa algo malo?

—Un tipo sospechoso merodea por las inmediaciones de mi casa desde hace un par de días. Tú sabes lo que guardo en mi caja fuerte.

—Sí, Boyne.

—Temo un asalto, sobre todo, después de lo que le pasó al pobre Peters. Y si sólo se tratase de un simple asalto...

—En todo caso, opino, lo ejecutarían de noche.

—Sí, eso creo yo.

—Bien, no te preocupes más, Boyne. A las ocho en punto estaré en tu casa.

—Gracias, Duke. No faltes.

—Seré puntual —aseguró Phirsby.

Silenciosamente, pisando como un gato, Becco Darlandi saltó el alféizar de la ventana y pasó al interior de la estancia.

Crawford entró tras él. Inmediatamente, corrió las cortinas, a fin de que no saliera luz al exterior.

Haldon aguardaba en la calle, con el coche a punto. Crawford atravesó el despacho, abrió la puerta que comunicaba con el resto de la casa y escuchó atentamente.

Al cabo de unos momentos, cerró y se volvió hacia el otro.

—Adelante, Becco —dijo a media voz.

Darlandi, bajito, menudo, con cara ratonil, se acercó al cuadro que representaba unos caballos salvajes, corriendo con las crines al viento, sobre una playa tempestuosa, y lo hizo girar a un lado.

La caja fuerte quedó al descubierto. Darlandi se echó aliento en las yemas de los dedos y luego las apoyó en el metal.

—Cuidado —dijo Crawford de pronto.

Darlandi se sobresaltó.

—¿Qué diablos pasa? ¿Viene alguien? —Gruñó.

—No, hombre. Sólo quería decir... ¿no habrá algún sistema de alarma en la caja?

—Tranquilo, hombre. —Darlandi sonrió con aire de superioridad—. Da la casualidad de que la instaló un buen amigo mío,

¿comprendes?

Crawford se sintió más aliviado al escuchar aquella respuesta.

—Adelante —repitió, a la vez que hacía un gesto con la mano.

Darlandi empezó a manipular en las ruedecillas de la combinación.

Transcurrieron unos minutos, en el más absoluto silencio. De pronto, se oyó un levísimo chasquido.

Darlandi dejó escapar el aire largamente contenido en sus pulmones.

—Bueno, ya está —dijo.

Hizo girar la manija y tiró de la portezuela de la caja fuerte. Al mismo tiempo, adelantaba el rostro instintivamente.

Algo salió de la caja con tremenda fuerza y le golpeó en las narices. El guante de boxeo, sujeto a un potente muelle, lo derribó por el suelo con los pies por alto.

Crawford se quedó con la boca abierta, a causa del asombro que sentía. Darlandi, en el suelo, juraba obscenamente.

De repente, se abrió otra puerta, que podía confundirse con los paneles de madera que decoraban la pared.

Un hombre, pistola en mano, surgió por el hueco.

—¡Arriba las manos! —gritó Phirsby.

Crawford se volvió y disparó sin pensárselo dos veces. Pero el joven, al verse atacado, hizo fuego también y Crawford se desplomó fulminado.

En la calle, Haldon oyó los tiros y puso el coche en marcha. Al mismo tiempo, Darlandi, loco de pánico, se tiraba de cabeza a través de las cortinas, llevándoselas consigo, sin hacer el menor caso de las intimaciones de Phirsby.

Phirsby se volvió hacia su amigo, y señaló al caído.

—Mira a ver si dice algo —ordenó.

Luego se acercó a la ventana. Darlandi se había desembarazado ya de las cortinas y corría como un loco hacia el coche, sin preocuparse en absoluto de la sangre que brotaba de su maltratada nariz.

—¡Alto! —gritó Phirsby—. Párese o haré fuego.

Pero el aterrado Darlandi no le hizo el menor caso.

—Crawford ha muerto —exclamó, al acercarse al coche.

La mente de Haldon funcionó rápidamente. Algo había salido

mal.

Si Darlandi había fracasado, ya no servía para nada. Cuando el sujeto abrió la portezuela, le disparó cuatro tiros a la cara y al pecho.

Darlandi cayó hacia atrás, pateando espantosamente. Haldon arrancó a toda velocidad.

Los disparos que Phirsby hizo desde el jardín que rodeaba la residencia de Mac Pherson no pudieron impedir la huida del pistolero.

CAPÍTULO X

Mac Pherson y Phirsby conferenciaron a la mañana siguiente.

—Lo peor de todo es que los documentos no están completos —dijo el primero.

Phirsby se sorprendió muchísimo al conocer la noticia.

—Eso no me lo dijiste anoche —exclamó.

—Lo siento. Esta madrugada, después de que se fue la policía, rasgué el sobre que los contenía. Quería compulsar los documentos uno por uno. Faltan dos, a mi entender, los más importantes.

Phirsby arrugó el entrecejo.

—Eso significa que él no te los entregó —dijo.

—Guardé el sobre tal como me lo dio. Por supuesto, conocía su contenido; pero eso es todo. Nunca me imaginé que la documentación estuviese incompleta, Duke.

—No acabo de entenderlo bien —dijo el joven pensativamente—. En teoría, no podemos dudar de Peters; tal vez por eso mismo, por fidelidad, murió asesinado. Pero si él no te los dio, ¿dónde están?

—¿Has hablado con su viuda?

—Protocolariamente. Le di el pésame, nada, más. ¿Crees que Nancy Peters puede saber algo al respecto?

Phirsby consultó la hora en su reloj de pulsera.

—Es demasiado pronto para ir a ver a Nancy Peters.

—Valdría la pena intentarlo, ¿no crees?

—Tú no has hablado con ella sobre el caso.

—¿Para qué? Yo tenía los documentos; no necesitaba pedirle nada a Nancy.

—Sí, tienes razón. —Phirsby hizo un gesto con la cabeza—. Eso es algo que vale millones, Boyne, tú lo sabes bien, y resulta lógico que tiene a muchos.

—Sin la documentación completa, poco hubieran podido hacer

—dijo Mac Pherson.

—Más vale que no tengan nada, ni siquiera una esquina de papel de uno de los documentos. ¿Dónde los vas a guardar ahora, Boyne?

—preguntó el joven repentinamente.

—Mi casa ya no es segura. Estarán mejor en una caja de alquiler de un Banco.

—Con un sobre nuevo, por supuesto.

—Desde luego.

Mac Pherson guardó los documentos en un sobre, que luego metió en un portafolio.

—Cuanto antes lo hagamos, será mejor —dijo.

—Y yo te acompañaré al Banco para mayor seguridad —se ofreció Phirsby.

La operación quedó rematada poco después de las diez de la mañana. Al salir, fueron a tomar una taza de café en un bar próximo.

—¿Y ahora? —preguntó Mac Pherson.

Phirsby consultó la hora en su reloj de pulsera.

—Es demasiado pronto para ir a ver a Nancy Peters —contestó—. Pero no pasará el día sin que haya hablado con ella —aseguró.

—Lo siento, Duke —contestó Nancy Peters—. Mi difunto esposo nunca me habló de esos documentos. Ni, por lo general, solía hablarme de los asuntos de la fábrica, salvo de cosas digamos corrientes y comunes. Nunca puntualizaba ni daba detalles.

Phirsby torció el gesto.

La contestación de la viuda de Peters le decepcionaba.

—Pero ¿no guardaba nunca aquí ningún documento de la fábrica? —preguntó.

—Si alguna vez traía alguno para estudiarlo en casa, se lo llevaba a la mañana siguiente. De eso estoy absolutamente segura, Duke.

—Tienen en casa una caja fuerte —dijo él.

—Sí, desde luego. Pero sólo guardamos documentos personales nuestros, testamento, pólizas de seguro, y algo de dinero y mis joyas, que no son muchas ni muy caras. A Payne, por otra parte, no le agradaba traerse a casa papeles de su trabajo: prefería, en todo caso, quedarse un poco más en el despacho. El sostenía la teoría de que la casa es para descansar, en lo que yo estaba plenamente de

acuerdo con él.

Phirsby asintió.

—Yo también opino así —dijo. Se acercó a Nancy, todavía hermosa a sus cuarenta años, y tomó una de sus manos con gesto lleno de afecto—. Tenga ánimo; es duro pensar que Payne ya no está con nosotros, pero a usted le queda toda una vida por delante.

Ella sonrió débilmente.

—Gracias, Duke —contestó—. De todas formas, aún no he podido reponerme del golpe. ¿Por qué tuvieron que matarlo? —preguntó, con los ojos húmedos.

—Era un hombre recto y eso molestaba a algunos.

—¿Quiénes son? ¿Lo sabes tú?

—Trato de encontrarlos —contestó el joven escuetamente.

Y ya se disponía a marcharse, cuando, de pronto, recordó un detalle que se le había pasado por alto.

—Nancy, dígame, ¿ha abierto usted su caja fuerte después de la muerte del pobre Payne?

—Sí, claro; tengo documentos personales allí y los he necesitado para los trámites de herencia y demás...

—¿Estaba en orden el contenido de la caja fuerte?

Nancy se concentró unos instantes.

—En esos momentos, yo me sentía muy alterada, compréndelo —respondió—. Pero me dio la sensación de que alguien había examinado todo, procurando luego dejarlo en orden. Sin embargo, pensé que habría sido Payne...

—Era muy ordenado en sus cosas. El habría dejado todo tal como estaba.

—¿Qué quieres decir, Duke? —se sorprendió la señora Peters.

—Es bien sencillo: el ladrón vino a buscar ciertos documentos, que no encontró, por lo que después, fueron a la caja fuerte de Mac Pherson.

Los ojos de Nancy se desorbitaron.

—Payne no tenía nada —exclamó—. ¿Por qué lo asesinaron?

—Muy sencillo: alguien le formuló proposiciones de compra de esos documentos, y él se negó. Incluso diría que se lo pidieron más de una vez; pero al darse cuenta de que Payne no vendería de ningún modo, planearon su muerte.

—¿Por despecho?

—No, para que no delatase al comprador.

Nancy hizo un gesto de asentimiento.

—Ahora sí lo veo más claro —dijo—. ¿Conoces tú a la persona que ordenó el asesinato de Payne?

—No.

Phirsby mentía por propio egoísmo. Si le decía a Nancy el nombre de Sonn Ramley, ella podía actuar por cuenta propia, denunciándolo a la policía, y estropeándole así el plan que se había trazado para llegar al fondo del asunto.

—No creo que hubiera habido riesgo alguno en decir a Nancy el nombre de Ramley —opinó Carol aquella misma noche.

—He preferido callar —dijo Phirsby, sentado en uno de los escalones del porche de su casa, en la granja.

—¿Puedo saber por qué?

—Tengo el presentimiento de que Ramley no actúa por iniciativa propia —contestó él.

—Es el presidente de la

E. R. I.,

Duke.

—Sí, lo sé, pero la

E. R. I.,

no es empresa para desarrollar...

Phirsby se calló de pronto. Carol se extrañó de la interrupción.

—¿Qué es lo que la

E. R. I.,

no podría desarrollar? —preguntó.

—Nada —contestó él de mal humor.

—Duke, recuerde que yo también tengo algo que decir en este asunto —exclamó la chica, irritada.

—¿Usted?

—Sí. Han intentado asesinar me en dos ocasiones. Estoy aquí para que no me encuentren los asesinos. Por tanto, pienso que tengo derecho a hablar y expresar mi opinión en este asunto.

Phirsby sonrió irónicamente.

—Bien, ¿cuál es su opinión? —preguntó.

—Muy sencillo: usted desconfía de mí y eso no me gusta —contestó la muchacha con acento de enojo.

—Carol, espere un poco. Tenga paciencia, se lo suplico. Es un asunto de mucha envergadura...

—Lo que no comprendo es cómo un simple granjero puede estar metido en un asunto que casi parece de espionaje. ¿Qué tiene usted que ver con todo esto?

—Tengo el treinta y ocho por ciento de las acciones de la Mechanics Supplies —contestó.

—¡Ca... ramba! —exclamó ella, sinceramente admirada—. Nunca me lo hubiera supuesto. Es usted un tío millonario, Duke. Aunque no lo parece.

—Millonario lo soy sobre el papel —respondió él—. Y si las cosas no marchan bien, acabaré siendo granjero de veras. Quiero decir que lo que hasta ahora ha sido una especie de *hobby* para mí, tendrá que constituir mi medio de vida.

—Pues mire, ser granjero no es cosa tan mala, aunque reconozco que se tiene que trabajar mucho. Pero vivir en el campo, hoy día, es una bendición, Duke.

—Sí, y el año que venga una mala cosecha, se tirará usted de los pelos.

—El año que llegue una buena cosecha, se guarda un poco para prevenir contratiempos —sonrió ella—. ¿No me dirá que no conoce el sueño del Faraón, las siete vacas gordas y las siete flacas?

—Tiene usted respuesta para todo —rió él—. En serio, si no salvamos este serio contratiempo, la M. S., puede irse al demonio. O, en el peor de los casos, vegetar, construyendo interruptores para aparatos de radio y televisión.

—¿Acaso pretende que la fábrica prospere más todavía?

—Si usted tuviese intereses en ella, ¿le gustaría verla vegetar? Supóngase que la granja es suya. No iría a cultivarla según los métodos de hace un par de siglos, ¿verdad? Ahora tengo tractores, un par de *jeeps*, empleo modernos métodos de riesgo y de desinsectación, procuro seleccionar las semillas...

—Y eso es lo que, trasladado a la mecánica y la electrónica, pretende hacer con la M. S.

—Sí, Carol.

—Pero tiene obstáculos en el camino que no le dejan avanzar a gusto.

—Exacto.

—Y uno de esos obstáculos es Ramley. ¿Por qué no va a verle?

—Pienso hacerlo, aunque antes tengo que visitar a otra persona.

—¿Quién es, Duke?

—Un detective que me proporciona informes, generalmente de mucho valor —contestó él enigmáticamente, porque no quería mencionar el nombre de Bonnie Vince.

CAPÍTULO XI

El hombre entró en Lennox y se dirigió directamente al mostrador, sin darse cuenta de que había sido seguido por otro sujeto de mediana estatura, que usaba gafas de profesor y un gran bigote. El primero habló unos momentos con Bonnie, tomó después una copa y al cabo de un rato se marchó.

El hombre de las gafas y el bigote se había sentado en una mesa y tomaba un *whisky* con aire circunspecto. Poco más tarde, entró Phirsby.

El joven hizo un guiño a Bonnie. Ella comprendió y le hizo una seña muda, indicándole el camino del despacho.

Minutos más tarde, Bonnie entraba en la habitación. Phirsby ya se había servido de beber.

—Muy bonito —protestó ella, con las manos sobre las opulentas caderas—. Encima de que no me pagas nada por mi trabajo, todavía te bebes mi *whisky* privado.

Phirsby se echó a reír.

—No te enfades, preciosa —dijo—. Ya sé que, bajo la capa de dirigir este local, tienes una agencia de informes muy buena. Y no siempre divulgas los informes que llegan a tu conocimiento e, incluso, no se los comunicas a tu cliente.

—Sólo lo hago cuando veo que son inconvenientes —se disculpó ella—. Pero no podría vivir solamente con el Lennox —añadió.

—Ya me lo imagino, y es una buena idea esta de combinar los dos negocios. Se obtienen aún mejores informes, ¿no?

—Desde luego. Pero me parece que no has venido aquí solo para hablar de mí, Duke.

—Tienes razón. Te pedí un favor. ¿Lo recuerdas?

—Sí, pero no he conseguido nada. Hasta ahora, claro.

Phirsby alzó las cejas, sorprendido.

—¿Cómo? ¿No has conseguido averiguar dónde vive Pamela

Zritton?

—Aunque te parezca mentira, así es —respondió Bonnie.

Estaba muy seria. Phirsby comprendió que le decía la verdad.

—Creo que no es tan difícil seguirla cuando sale de High Palms —dijo.

—No es difícil, cuando la perseguida no esquivo la persecución.

—Y Pamela se burló de tu hombre.

—Así es.

—¿Sospechará algo?

Bonnie hizo un gesto ambiguo.

—Más bien opino que tiene un lío —contestó—. Ramley sufraga todos sus gastos, pero ya es un tipo maduro. Quizá creyó que mi agente era un detective empleado por Ramley para seguirla, ¿comprendes?

—Ya —dijo Phirsby, sonriendo—. El clásico juego del hombre maduro o viejo que paga los gastos y el joven que alegra el corazón de la...

—Exactamente —concordó Bonnie—. Eres muy perspicaz, Duke.

—Gracias, hermosa. Sigue insistiendo; tienes agentes que son unos águilas.

Phirsby se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia ella:

—Cuando termine este asunto, envíame la minuta de tus honorarios, como si fuese un cliente cualquiera. Vendré a pagártela... en persona.

Guiñó un ojo, abrió y salió del despacho, sin fijarse en el individuo que se encaminaba hacia la puerta del lavabo de caballeros.

El hombre de las gafas y el bigote no llegó siquiera al lavabo. Apenas se dio cuenta de que Phirsby desaparecía de su vista, giró sobre sus talones y entró rápidamente en el despacho de la dueña del local.

Bonnie estaba sirviéndose una copa y no se dio cuenta de nada, hasta que se volvió, dispuesta a llevarse el vaso a los labios. Suspendió el gesto y miró al intruso con gesto de cólera.

—No le he dado permiso para entrar aquí —dijo.

—Tampoco lo necesito —contestó el otro—. Sólo he venido a hablar de Phirsby.

Bonnie frunció el ceño.

—¿Le importa mucho nuestra conversación? —preguntó.

—A decir verdad, no me importa demasiado. Lo que quiero es que no vuelvan a verse más.

—Dudo mucho de que pueda impedirlo —sonrió ella despectivamente.

—Usted tiene este negocio y una bien acreditada agencia de detectives. Por su mediación, Phirsby puede obtener muchos y buenos informes, para mí, perjudiciales.

—Lo que significa que usted no actúa dentro de la ley.

—Significa que no me conviene que siga informando a Phirsby.

Hubo un momento de silencio.

De pronto, Bonnie se dio cuenta de que estaba en peligro y corrió hacia la puerta. El intruso la cerro el paso, golpeándola con el puño en el costado izquierdo.

La boca de Bonnie se abrió para lanzar un agudo grito, pero la mano izquierda del individuo se la tapó, a la vez que repetía el golpe.

La mano derecha estaba cerrada, pero no eran puñetazos lo que daba en el pecho de la mujer. El tercer golpe hizo que se doblaran las piernas de Bonnie, quien cayó al suelo, oprimiéndose el costado con la mano.

La sangre fluyó de sus dedos. Sentíase morir.

El asesino se arrodilló a su lado y volvió a taponarle la boca. Con la mano derecha, asestó el golpe definitivo, dirigido al corazón.

El agudo estilete quedó hincado en el pecho. Al asesino no le importó dejarlo allí; usaba guantes y sabía que no se encontrarían sus huellas dactilares en el mango del arma.

Al llegar a la puerta, se volvió. Bonnie estaba ya quieta, con la boca torcida en una trágica mueca y los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en el techo.

Phirsby se apeó a cosa de cincuenta metros de la casa de Lya. De pronto, vio salir por la puerta a un sujeto que le pareció conocido.

Arrugó el entrecejo.

«¿Qué diablos hace aquí Fred Warden?», se preguntó.

El hombre agitó la mano para llamar un taxi. Phirsby tomó buena nota del hecho. Sería cosa de hablar con él más tarde. Al día siguiente, quizá. Sin saber por qué, presentía que la estancia de

Warden en aquel edificio no podía haber sido para nada bueno.

Arriba, en uno de los pisos altos, Lya hablaba con Crawford.

—Ese hombre empieza a molestarme —dijo.

—He oído algo de lo que hablaban —manifestó Crawford—. Quiere más dinero. ¿Piensa dárselo?

—Si trata de hacerme chantaje, pierde el tiempo —declaró ella fríamente—. Tal vez no podría probar nada, pero nos causaría bastantes perjuicios.

—Entiendo —dijo Crawford.

Y, sin más, se dirigió hacia la puerta, salió del piso y tomó el ascensor.

Phirsby entraba en aquel momento en el vestíbulo. Vio desocupado uno de los dos ascensores y entró en él. El otro empezaba el descenso, de modo que Phirsby y Crawford se cruzaron sin verse siquiera.

Al mismo tiempo, sonaba el teléfono en el departamento de Lya.

—Sí —dijo ella.

—Noticias —pidió un hombre desde el otro lado de la línea.

Lya suspiró.

—No son buenas —confesó.

—Estamos perdiendo el tiempo. Tiene que activar el asunto o...

—Oiga, yo no puedo hacer más de lo que hago. ¿Acaso cree que tengo el poder de la ubicuidad?

—Lo que ha tenido son unos cuantos fracasos, y no los cito por no perder el tiempo. Acierte pronto o...

Nuevamente quedó la frase sin terminar. Lya se estremeció, justo en el momento en que sonaba el timbre de la puerta.

—Haré lo que pueda —contestó con voz átona.

—Tengo todos sus informes. Emplee la imaginación o yo seguiré adelante sin usted.

La llamada se repitió de nuevo. Lya colgó el teléfono.

Pasándose una mano por la frente, cruzó el salón y abrió. Forzó una sonrisa para acoger a su visitante.

—Hola, Duke —saludó.

—Estás muy pálida —observó él—. ¿Te sucede algo?

—Un poco de jaqueca, que no se acaba de ir. Pero a tu lado, creo que se me pasará —sonrió Lya, a la vez que se colgaba de su brazo—. Ven y tomaremos una copa juntos —añadió, con voz

seductora—. Muy juntos, ¿no es cierto, cariño?

—Hay cosas a las que no me niego jamás —contestó él, sonriendo.

Mucho más tarde, Phirsby estaba tendido en el diván, con la cabeza apoyada en el regazo de Lya, que estaba sentada. Ella le acariciaba la frente de cuando en cuando.

—Duke, me gustaría hacerte una consulta —dijo de pronto.

—¿Sí?

—Verás..., no soy rica, aunque tampoco tengo que pedir limosna. En fin, tengo algún dinero y me gustaría hacer una buena inversión...

—Lo siento, yo no entiendo apenas de Bolsa.

—Oh, no es eso exactamente. Tú eres de Silver Falls y conoces la población y a sus gentes... ¿Qué te parece la Mechanics Supplies para comprar algunas acciones?

Phirsby calló un instante.

—¿No me dices nada? —preguntó ella, impaciente.

—Tengo entendido que es una empresa floreciente y con porvenir. Si encuentras quien te venda acciones, habrás hecho una buena inversión. Pero ¿por qué no consultas con un experto?

—Ya tengo bastante con tu respuesta —sonrió ella.

Y más adelante, se dijo, haría otras preguntas de mayor profundidad sobre ciertos aspectos de la M. S.

Cerca de la medianoche, Phirsby abandonó el departamento de Lya. En la calle, buscó un teléfono y llamó a Mac Pherson.

—Sospecho de Warden —dijo.

Mac Pherson se extrañó de aquellas palabras.

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

—¿Quién más podría saber que tú tenías los documentos en tu casa?

—Evidentemente, nadie más que él, Duke.

—Es tu adjunto. ¿No cabe la posibilidad de que haya otra persona de tu oficina personal que haya visto esos documentos?

—No. Sólo tres personas teníamos conocimiento de su existencia: tu padre, Warden y yo.

—Entonces, no me cabe la menor duda: Warden fue quien pasó los informes para que Darlandi pudiera robar la caja.

—Pero Peters también...

—La caja privada de Peters fue también registrada, pero no encontraron nada —dijo Phirsby—. Me lo dijo la propia Nancy —añadió—; y si fueron allí y luego a tu casa, nadie más que Warden pudo pasar esos informes, ¿comprendes?

—El miserable traidor —rugió Mac Pherson—. En cuanto llegue mañana al despacho, lo...

—No harás nada, Boyne —prohibió el joven—. Al menos, mientras yo no haya hablado con él.

Pero Phirsby no pudo hablar con Warden.

Un vivo no puede hablar con alguien que tiene una bala en el cerebro.

CAPÍTULO XII

Carol vio llegar a Phirsby, pálido y con el rostro contraído. El joven se apeó del automóvil y se acercó a la casa con paso lento.

Por el camino, se quitó la corbata negra y la chaqueta, dejando ambas sobre la barandilla del porche. Luego se sentó en uno de los escalones.

Carol se sentó a su lado.

—Viene de los funerales por Bonnie —adivinó.

Phirsby asintió, mientras se disponía a encender un cigarrillo. Carol conocía la noticia, por una breve conversación telefónica que había sostenido con el joven.

—Lo siento —dijo ella tras un breve intervalo—. La apreciaba mucho, ¿no es cierto?

—Fue una buena amiga. Confieso que, incluso, en tiempos, llegué a pensar en casarme con ella. Pero era bastante independiente y me di cuenta de que la cosa no llegaría a cuajar. A pesar de todo, nos queríamos sinceramente.

—Y ahora está muerta.

—Por mi culpa, Carol.

De nuevo sobrevino otro espacio de silencio.

—¿De veras cree que Bonnie ha muerto por su culpa, Duke? —preguntó Carol poco después.

—No cabe la menor duda. Sencillamente, quisieron impedir que siguiera proporcionándome informes.

—¿Había alguno que le interesara en particular?

—Sí, el domicilio de Pamela Zritton.

—¿La... fulana de Ramley?

—La misma.

—Y ahora no sabe cómo conseguirlo.

—No es que no sepa, es que no sé si tendré tiempo para todo.

—¿Por qué, Duke?

—Sencillamente, no puedo estar en Silver Falls y en High Palms al mismo tiempo.

—Ya comprendo —dijo Carol.

—Pamela Zritton, a mi entender, oculta algo y no sólo un segundo amante. De todas formas, aunque simplemente se trate de ocultar el engaño que hace a Ramley, me convendría saber dónde vive.

—Para apretarle las clavijas, amenazándola con descubrir el pastel —adivinó la muchacha.

—Sí. Es un truco sucio..., pero ¿qué importa un poco más de suciedad, en un juego que está lleno de sangre?

Carol se estremeció.

—Es cierto —convino—. De modo que si pudiese hablar con Pamela, acabaría por convencerla de que le informase de las actividades de Ramley.

—Exactamente. Sería tanto como infiltrar un agente en la propia casa de ese sujeto. Y, naturalmente, Pamela podría darme valiosos informes de las visitas que recibe, las llamadas telefónicas..., usted ya me entiende, Carol.

—Con toda claridad —admitió ella—. Pero usted ha olvidado una cosa.

—¿Sí?

—Estoy aquí, mano sobre mano, sin hacer nada. ¿Por qué no me deja espiar High Palms?

Phirsby se sobresaltó.

—¿Usted?

—Yo misma. No es una labor difícil —sonrió la chica—. Y hasta creo que acabaría por saber el domicilio de la tal Pamela.

Phirsby estudió críticamente la apariencia de Carol, mientras, reflexionaba sobre la propuesta que acababa de serle formulada.

—Tiene que cambiarse el peinado —dijo—. Nada de pelo suelto, sino en moño, más bien severo. Gafas de color y un vestido discreto... Ah, las gafas que no sean demasiado aparatosas.

—Déjelo de mi cuenta —exclamó ella, entusiasmada—. ¿Qué más?

—Le daré un transmisor de radio, pequeño, pero muy potente. Yo tendré otro igual. De este modo, podrá llamarme en cualquier momento. Sonará un zumbido y...

—Entendido. Pero me parece que convendría una clave de llamada.

—Oh, sí, es una buena idea. ¿Qué le parece Crashcraft?

—¿Por qué ese nombre? —se extrañó Carol—. Significa todo lo contrario de Aircraft...

—Claro. Aircraft construye los aviones. Usted los rompe.

—No se burle de mí —dijo ella, dolida—. Hubiera hecho un mejor aterrizaje, pero estaba con los nervios de punta, debido a aquel pistolero...

—Está bien, está bien; sólo se trataba de una broma. Pero la clave subsiste, Carol.

—Sí, Duke.

—Ahora, vamos adentro. Le daré las últimas instrucciones, delante de una taza de café.

Phirsby se puso en pie, recogió la chaqueta y la corbata y dejó que la muchacha pasara delante. Momentos más tarde, empezaba a trazar un croquis del terreno en que se iba a desenvolver la muchacha, mientras él actuaba en la ciudad.

Sonó el teléfono. Lya levantó el aparato y lo acercó a la oreja.

—Diga —murmuró.

—He leído su último informe —dijo el hombre.

—¿Y bien?

—Phirsby es un estorbo.

Lya se estremeció.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Exactamente lo que he querido decir.

—Pero... Escuche, yo tenía un plan... Es mejor que... suprimir el estorbo. La miel es mejor remedio que... que los tiros.

—No me venga con refranes estúpidos. Las moscas se cazan mejor con una buena escopeta.

—Me he quedado sin ayudantes...

—¿De veras? —se burló el otro—. Le gusta mucho el dinero, señora Winner, y se lo he proporcionado sin regateos. Empléelo convenientemente en la operación. ¿Me ha comprendido?

Lya se resignó.

—Está bien —cedió—. Haré lo que pueda.

—Lo que pueda, no: lo que le ordeno —puntualizó el otro enérgicamente.

Y colgó el teléfono.

Lya se quedó muy pensativa.

Por una parte, pensaba que Phirsby representaba un grave peligro. Pero, por otro lado, se decía que su plan podía dar mejores resultados. Ella tenía gran confianza en sus atractivos físicos.

Y Phirsby, lo sabía muy bien, no era insensible al hechizo que se desprendía de su figura de Venus.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Jugaré con doble baraja —murmuró.

Era peligroso, pero, si salía bien, podía dar un resultado magnífico.

En todo caso, siempre le quedaba el recurso de pronunciar el nombre del individuo que le había dado orden tan draconiana. Ella se salvaría de todos modos, aunque a la larga perdiese buena parte del botín que había esperado conseguir.

Pero conservaría la vida y a un hombre apuesto. Lo que no era poco.

Crawford llegó poco más tarde.

—Todo en orden —dijo.

—Tengo nuevas instrucciones —manifestó ella.

—¿Sí?

—Phirsby.

Crawford se estremeció.

—Peligroso —dijo lacónicamente.

—Cobras un buen sueldo, Bill. Y sabes hacer bien las cosas.

—Está bien —se resignó el individuo—. Lo haré en cuanto pueda, aunque me imagino que hay cierta prisa.

—No más allá de un par de días, Bill.

—O. K., señora.

Lya se dirigió al dormitorio para cambiarse de ropa. Por encima del hombro, dijo:

—Estaré fuera hasta mañana por la tarde. Hoy puedes dedicar el día a vigilar a Phirsby. Creo que mañana por la noche se te presentará la ocasión.

—Sí, señora.

Crawford se marchó. Lya oyó el ruido de la puerta y corrió nuevamente a la sala.

Levantó el teléfono y marcó un número.

—¿Eres tú, Duke? —preguntó.

—Sí. ¿Cómo te encuentras, Lya?

—Mal. Enferma.

—¿Qué ocurre? ¿Te sucede algo? —se alarmó él.

—Sí. Escúchame con toda atención. No creas que se trata de una invención mía, pero...

Phirsby volvió el teléfono a la horquilla y frunció el ceño, preocupado por la noticia que acababa de recibir.

Había algo en Lya que le parecía falso, insincero. ¿No se trataría de tenderle una trampa?

Ciertamente, tomaría las precauciones adecuadas, pero, al mismo tiempo, sondearía las verdaderas intenciones de la mujer. Si la consulta que ella le había hecho días antes sobre las acciones de la M. S., le había hecho entrar en sospechas, ahora, sus últimas palabras, aumentaban más todavía sus recelos.

Era un juego demasiado complicado y, precisamente, tales complicaciones, eran las que lo volvían peligroso.

Pero ahora no podía entretenerse en reflexiones. Tenía algo urgente que hacer. Se le había ocurrido un poco antes de la llamada de Lya. Por un par de minutos, Lya había podido alcanzarle todavía en casa.

Antes de salir, empleó el transmisor de radio.

—Crashcraft —llamó.

—Hola —contestó Carol por el mismo método—. Todo en orden hasta ahora. Ella no ha venido.

—Siga vigilando hasta el anochecer. Luego vuelva a la granja.

—O. K., Duke.

—Yo voy allí. Nos encontraremos en la cena.

—De acuerdo.

Phirsby cortó la comunicación. Salió de la casa y se detuvo unos instantes en la puerta de la casa.

Frente al edificio no se veía a nadie sospechoso. Tranquilo al respecto, subió al automóvil y partió inmediatamente hacia la granja.

CAPÍTULO XIII

La labor era ardua, inacabable. Había muchos papeles, además de otras cosas, en aquella vasta habitación. Phirsby, abstraído en su labor, había llegado a perder la noción del tiempo.

La puerta de la estancia se abrió de pronto.

—Duke, estoy aquí —gritó la muchacha.

Phirsby estaba sentado ante un enorme escritorio, con un montón de papeles en la mano, y levantó la cabeza.

—La cena se enfría —dijo Carol, a la vez que avanzaba hacia él.

—Dispense, estaba distraído.

La voz de Phirsby denotaba una intensa preocupación. Carol lo notó en el acto.

—Juraría que está buscando algo de importancia —dijo.

—Y acertaría —sonrió él, a la vez que se ponía en pie.

La mirada de Carol se paseó por la estancia.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Aquí trabajaba mi padre —respondió él.

—Oh, yo creía que era también granjero.

—Bueno, de cuando en cuando, echaba un vistazo a los campos, como mi madre. Pero lo suyo era esto, lo que está usted viendo.

—Creo que comprendo. La granja era el modo de sufragarse los gastos que le ocasionaba todo esto.

—Exacto.

—Ha mencionado a su madre, Duke. ¿Vive todavía?

—Por fortuna —sonrió él—. Ahora está en Florida, pasando una temporada en casa de una hermana.

—Lo celebro. ¿Qué me dice usted de Carndle Valley?

—Oh, son unas tierras que ya adquirió mi bisabuelo, el primer Phirsby que llegó a la región. En tiempos, incluso, hubo allí un rancho de ganado. Mi padre ya no lo pudo atender y vendió todo, excepto los terrenos, claro está.

—Y se vino a la granja.

—Exactamente. Oiga, Carol, antes ha mencionado algo sobre la cena.

La chica se pegó una palmada en la frente.

—Huy, lo había olvidado —exclamó—. Y también había olvidado otra cosa —añadió, mientras caminaba hacia la puerta—. Pamela llegó a High Palms al atardecer.

—Como de costumbre —dijo Phirsby—. Pasará la noche allí.

—Ramley es un hombre afortunado —sonrió Carol, a la vez que tomaba asiento frente a la mesa.

—Yo no diría tanto.

—¿Por qué, Duke?

—Está en una crítica situación. Tarde o temprano, se descubrirá el pastel. No olvidemos que fue él quien pagó a Wedson para que asesinara a Peters.

—Pero ¿puede demostrarlo?

—De momento, lo sé y basta.

—Con eso no conseguirá nada, Duke —dijo ella, escéptica.

—Ya veremos. No olvide que trato de apretarle por medio de Pamela Zritton.

—Cuando conozca su domicilio.

—Por supuesto.

Siguieron cenando. Al terminar, Carol se puso en pie.

—Lo siento, pero tengo que madrugar. Quiero estar en el observatorio de High Palms al salir el sol —dijo.

—Bien pensado —aprobó él.

—¿Qué va a hacer usted?

—Seguir buscando, Carol.

—Todavía no me ha dicho qué es lo que busca.

—Sencillamente, el origen de todos estos conflictos, empezando, incluso, por el asesinato de Peters.

Ella se quedó pasmada.

—¿Cómo? ¿Va a decirme que quiere encontrar aquí las pruebas de ese crimen? —exclamó.

—No he dicho tal cosa, Carol. Pero ya lo sabrá usted muy pronto, puede que antes de veinticuatro horas, todo lo más, cuarenta y ocho —respondió Phirsby con voz firme.

Carol le miró intrigada unos segundos; luego, viendo que no

conseguiría saber más cosas, se despidió y abandonó el comedor.

Phirsby tomó un par de tazas de café. Luego, al cabo de unos minutos, se dirigió al lugar que había sido cuarto de trabajo de su padre.

La búsqueda se prolongó durante largas horas. Pasaban ya de las tres de la madrugada, cuando, de pronto, en el intersticio entre dos tablas de las que componían una mesa, encontró una llave.

En un principio pensó que sería un clavo caído en la hendedura. Pero, resuelto a no dejar por alto el menor detalle, hurgó con un destornillador hasta sacar la llave.

Una sonrisa distendió sus labios. Satisfecho, hizo saltar la llave en la palma de la mano. Ahora sí, se dijo, tenía la solución definitiva del problema, aunque, por supuesto, no de los crímenes cometidos por lo que había tras la cerradura que sólo aquella llave era capaz de abrir.

Sentíase muy fatigado y ya, sin más dilación, fue a la cama y se durmió instantáneamente. Como se había acostado tan tarde, no se enteró siquiera de que Carol se marchaba incluso antes de que amaneciera, a fin de situarse en su observatorio, frente a High Palms.

Carol ahogó un bostezo. Eran ya las doce del mediodía y en la residencia de Ramley apenas si se veían síntomas de actividad.

Ramley había pasado la noche allí y se había marchado a las ocho y media de la mañana, sin duda para llegar a las nueve a su despacho. De Pamela Zritton no había el menor rastro hasta el momento.

Transcurrió otra hora. A la una, la platinada cabellera de Pamela se hizo visible en el patio de la residencia.

Pamela habló brevemente con uno de los sirvientes, el cual corrió a traerle su automóvil. Carol contempló la escena a través de los prismáticos.

A los pocos momentos, Pamela salía de High Palms. Carol abandonó su escondite y corrió ladera abajo hacia el coche, que tenía estacionado en un lugar discreto.

Minutos más tarde, se colocaba a unos quinientos metros por detrás del automóvil que conducía Pamela. A fin de no hacerse sospechosa, aceleró y la pasó un par de kilómetros más adelante.

Durante diez minutos, rodó por delante de Pamela, vigilando su coche a través del retrovisor. Era una vigilancia fácil, teniendo en cuenta el estrepitoso color del descapotable que conducía la rubia.

Pero las primeras casas de Silver Falls estaban a la vista y ahora venía lo más difícil. Era preciso evitar que Pamela se diese cuenta de la persecución, como había sucedido con el agente de Bonnie Vince.

Caminando por delante de ella, Carol se metió de pronto por una calle transversal, a su derecha. Viró a la izquierda una vez, otra vez y volvió a salir a la avenida principal, a cien metros detrás de Pamela.

Si Pamela se había fijado en ella, había visto que se marchaba por otra parte. Lo lógico era pensar que había relajado su vigilancia, suponiendo que hubiera llegado a sospechar de ella.

De pronto, vio que Pamela se detenía. Carol redujo la marcha de su automóvil.

Pamela se apeó y cruzó la acera, para entrar en una casa. La muchacha se fijó en el edificio.

Dio la vuelta a la manzana y comprobó la numeración de la casa. Ya no necesitaba más.

Mientras rodaba lentamente, tomó el transmisor de radio.

—Crashcraft —llamó—. Conteste, Crashcraft...

Esperó unos momentos. Pero Phirsby no contestaba.

Carol empezó a impacientarse.

—Duke, ¿dónde está? ¿Es que no me oye? Responda, hombre —exclamó, muy nerviosa.

Pero el aparato permanecía silencioso. Carol apretó los labios.

—Tendré que hacer algo —se dijo.

Detuvo el coche en el primer hueco libre que encontró y se apeó, con el transmisor abierto, pero dentro del bolso. De este modo, el de Phirsby sonaría continuamente la señal de llamada y podía contestarle en cualquier momento.

Había una cafetería situada casi frente a la casa en que había entrado Pamela. Carol se dirigió al local y buscó el teléfono.

Phirsby no estaba tampoco en su casa de la ciudad. Preocupada, buscó una mesa y se sentó en un ventanal, desde el que podía vigilar el edificio donde, al parecer, vivía Pamela Zritton.

De cuando en cuando, abría el bolso y simulaba sacar algo de su

interior. Pero lo que hacía, en realidad, era llamar a Phirsby.

Y ninguna de sus llamadas recibía respuesta.

Carol empezó a temer lo peor para el joven.

Arriba, en el edificio, Lya observaba la calle con gran atención.

—Tengo la sensación de que me han seguido —dijo, mientras exploraba con unos prismáticos el panorama urbano.

—¿Seguro? —dijo Crawford.

—Casi seguro —contestó ella—. Pero estoy viendo a una chica... Casi juraría que es Carol Udall.

Crawford respingó.

—¿Carol? —repitió.

Lya hizo un gesto con la mano.

—Trae el fonocaptor —pidió—. Y conéctalo a un altoparlante. Esa chica hace algo que no acaba de gustarme.

Crawford actuó con rapidez. A los pocos momentos, estaba en funcionamiento el aparato.

Lya le señaló a la muchacha y Crawford orientó el fonocaptor hacia ella. Al cabo de unos minutos, Carol puso de nuevo el bolso sobre su mesa para, en apariencia, retorcerse los labios con la ayuda de una barra de carmín y un espejito.

Pero el carmín no tocó su boca siquiera. Con los prismáticos, Lya vio que aquellos labios se movían y articulaban unas palabras que sonaron claramente en la estancia.

—Duke, demonios, ¿dónde diablos se ha metido usted? Estoy llamándole desde hace más de una hora... He localizado la casa donde vive Pamela y...

Eh la habitación se oyó claramente el suspiro que lanzaba Carol.

—¿Dónde se habrá metido este hombre? —dijo, como si hablase consigo misma—. Está bien, me volveré a la granja y esperaré...

Sonaron algunos ruidos raros. La voz de Carol se apagó. Lya comprendió que había cerrado el bolso, cosa que comprobó, además, visualmente.

—Esa chica es peligrosa, señora —dijo Crawford.

—Lo sé, pero yo me ocuparé de ella. A ti te toca Phirsby.

—Sí, señora. Pero si se vuelve a la granja...

—Adelántate a él y le cortas el paso. Sencillo, ¿no?
Crawford se encogió de hombros.

—Matar a un hombre no es nunca una cosa sencilla —contestó.

CAPÍTULO XIV

Phirsby había pasado largas horas en el Lennox, aguardando en vano la llegada del hombre de las gafas y el gran bigote. Harto comprendía que aquellos datos no eran sino un disfraz que encubría otra personalidad, pero valía la pena perder casi un día, por si veía llegar a alguien que pudiera ser el asesino de Bonnie.

Había interrogado a Murphy, el jefe de camareros, quien le había facilitado los datos del individuo. Pero, alrededor de las seis de la tarde, sabiendo frustrada su misión, se levantó y abandonó el local.

Sería cosa de tender una trampa al asesino, se dijo, mientras se situaba tras el volante de su coche. La malo era dar con la trampa adecuada.

De pronto, se acordó de Carol.

¿Habría visto algo la muchacha?, se preguntó.

Buscó el radioteléfono y no lo encontró. Un pliegue de preocupación se dibujó en sus labios.

¿Dónde diablos estaba aquel maldito cacharro?

De pronto, se acordó de que lo tenía en la granja. Abstraída su mente por el hallazgo de la llave, había olvidado de tomar el transmisor y echárselo al bolsillo, cuando se dirigió a la ciudad.

«Bueno, tampoco tiene mucha importancia —pensó—. Ahora la veré y me dirá lo que ha observado en High Palms».

Tranquilo al respecto, condujo sin precipitaciones, siguiendo una marcha moderada, hasta alcanzar la desviación que conducía a su granja. A los mil metros, al salir de una curva, vio un coche que le cerraba el paso.

Delante del coche había un hombre parado, apuntándole con una pistola.

Phirsby reaccionó fulminantemente, mientras el arma disparaba seis balas en rapidísima sucesión. El parabrisas voló en mil menudos

fragmentos, mientras el coche, siguiendo su marcha, se estrellaba contra el que se hallaba parado en medio del camino.

Antes de que se produjera la colisión, Phirsby había abierto la portezuela de su lado, lanzándose al suelo, por el que rodó varias veces, antes de detenerse. Dos balas más levantaron nubes de polvo cerca de sus pies.

Crawford tomó puntería y apretó el gatillo. Pero no salió ninguna bala.

Furioso, buscó un cargador de repuesto en sus bolsillos. Para entonces, Phirsby había abandonado ya el camino, lanzándose a la espesura cercana, en la que se escondió, a fin de eludir la siguiente salva de disparos.

Crawford corrió tras él. Phirsby pensó en que el aviso de Lya, a fin de cuentas, no había sido precisamente una broma.

Pero ahora se encontraba en una crítica situación, con el asesino a los talones y sin un arma a mano para defenderse.

Crawford se detuvo a unos doscientos metros del camino, en una arboleda particularmente espesa, aunque con pocos matorrales. Se podían ver los objetos a buena distancia, pero no captaba el menor rastro de su perseguido.

Desconcertado, se paró, mirando a todas partes. Súbitamente, oyó un ruido sobre su cabeza.

Cuando quiso reaccionar, era ya tarde; algo cayó sobre él y lo derribó con tremendo impacto.

Los hombros de Crawford sufrieron un durísimo castigo. El pistolero aulló de dolor. El arma se escapó de sus dedos.

No obstante, era un hombre y trató de contraatacar. Pero el pie que se levantó súbitamente delante de él poseía una potencia indescriptible. Crawford sintió un violento estallido en la mandíbula y perdió el conocimiento.

El teléfono sonó en la granja. Carol corrió ansiosamente hacia el aparato.

—Duke —gritó.

—Hola, preciosa. Tengo algo importante que decirle.

—Yo también...

—Lo mío es más importante. Venga inmediatamente al cruce del lado Oeste. Allí me encontrará aguardándola.

—Muy bien, Duke.

Carol colgó y salió de la casa corriendo. Casi atropelló a Ribera en su frenética carrera. El capataz se volvió, para preguntarle qué sucedía, pero ella no le contestó. Saltó al coche, dio el contacto y se alejó a toda velocidad.

A mil metros de la granja, había una bifurcación de caminos. Uno de ellos conducía a la ciudad. Carol tomó el otro.

Cinco kilómetros más adelante, vio un coche parado. Había un hombre en pie, haciéndole señas con la mano.

Carol se detuvo antes de darse cuenta de que aquel hombre no era Phirsby. Un revólver asomó de pronto por la ventanilla.

La muchacha gritó de susto.

—Cierre el pico —dijo el individuo brutalmente—. Escuche bien lo que le voy a decir. Por el momento, no quiero hacerle el menor daño, pero la mataré si desobedece mis instrucciones. ¿Está claro?

Ella asintió en silencio. El miedo la había privado de la facultad de hablar.

Sin dejar de apuntarla con el revólver un solo instante, el sujeto dio la vuelta al coche, abrió la otra portezuela y se sentó a su lado.

—Arranque —ordenó.

Carol obedeció. El revólver del sujeto se apoyaba ahora en su costado derecho.

Guiada por su secuestrador, Carol condujo el automóvil, siguiendo fielmente sus mandatos. Una vez se cruzaron con una patrulla de caminos, pero los policías no les concedieron sino una mirada indiferente.

Al cabo de una hora, el automóvil se detuvo en un sitio que ella conocía muy bien.

—¿Qué piensa hacer conmigo, señor Ramley? —preguntó.

—Lo siento —contestó el interpelado—. Usted es nuestro seguro de vida.

—Comprendo. —Carol se sintió un poco más aliviada. Por el momento, debía excluir la idea de un asesinato—. Piensan presionar a Phirsby.

—Exactamente.

Se apearon del coche dentro de la casa. Un hombre de rostro pétreo miró a la muchacha con expresión neutra.

—Sam, enciérrela en lugar seguro —ordenó Ramley.

—Sí, señor.

Ramley se encaró con la chica.

—Le aseguro que no queremos hacerle daño —insistió—. Pero todo depende de lo que haga Phirsby.

—Me parece que se ha equivocado, señor Ramley —dijo Carol.

—¿Por qué? —se asombró el otro.

—Muy sencillo: Phirsby no está enamorado de mí.

Ramley pareció indeciso durante unos instantes.

Luego reaccionó:

—Ya veremos lo que dirá cuando le haga mis propuestas —contestó.

Juan Ribera se sintió muy asombrado al ver llegar a su patrón a la granja, acompañado de un individuo de pésimo aspecto. Crawford tenía un ojo a la funerata, la mandíbula hinchada y las ropas rotas por algunos sitios.

—Enciérrelo, Juan —ordenó el joven.

—Sí, señor. Patrón, tengo que decirle algo...

—¿Urgente, Juan?

—Sí, señor. La señorita Carol estuvo esperándole, pero, por lo visto, como no venía, salió en su busca. Parecía llevar mucha prisa.

—¿No dijo adónde iba?

—No, señor, ni siquiera me dirigió la palabra.

—Está bien, ya volverá. Cuídese de este sujeto; es un asesino.

Crawford parecía la imagen viva de la desmoralización. Ribera tomó la pistola que le entregaba su patrón y empujó al prisionero hasta un cobertizo cercano, ante cuya puerta se quedó de guardia.

Mientras, Phirsby se dirigía al teléfono. Marcó un número y esperó la respuesta, que llegó instantes más tarde.

—¿Boyne? Soy Duke —dijo—. Tengo noticias muy interesantes.

—Estupendo —contestó Mac Pherson—. Adelante, muchacho.

—He capturado al asesino de Darlandi. Trató de matarme a mí también, pero logré evitarlo. Claro que estaba sobre aviso.

—¿Sobre aviso? ¿Quién te lo había advertido?

—Adivínalo, Boyne.

Hubo una pausa de silencio.

—No se me ocurre ningún nombre —dijo Mac Pherson al cabo.

—Lya Winner.

—Oh —murmuró el otro—. De modo que ella te avisó.

—Sí. Ignoro cómo lo supo, pero muy pronto voy a tener una

conversación amistosa con ella.

—Resultará interesante. ¿Qué más te ha dicho Crawford?

—Ya te contaré en otro momento. Ahora voy a tomar un bocado; estoy desfallecido. Luego iré a hablar con Lya.

—Entendido. Llámame en cuanto puedas, Duke.

—Descuida, Boyne.

Phirsby colgó el teléfono y fue a la oficina a prepararse un bocadillo. Sentíase preocupado por la ausencia de la muchacha, que se le antojaba incomprensible.

De pronto, sonó el teléfono.

—Es para usted, señor —gritó Ribera desde la sala.

Phirsby dejó el bocadillo a un lado. Ribera le entregó el aparato.

—Tony está vigilando al prisionero —indicó.

Phirsby hizo un gesto de asentimiento. Luego acercó el teléfono a la cara y pronunció su nombre.

—Soy Ramley —dijo el que llamaba.

El joven se puso rígido.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—Cooperación —respondió Ramley.

—No puedo cooperar con el hombre que mandó matar a Peters —dijo Phirsby.

Ramley se echó a reír.

—Ahora tendrá que hacerlo —aseguró.

—No estoy amenazado de muerte —alegó el joven.

—Pero Carol Udall, sí.

Hubo un momento de silencio.

—Creo que comprendo —dijo Phirsby al cabo de unos segundos.

—Lo celebro. Usted no quiere que le suceda nada a esa chica, ¿verdad? A pesar de que ella asegura que no está enamorado.

—Es una persona decente y eso me basta. ¿Qué he de pagar por su rescate?

—Los documentos de la patente..., y ya sabe a qué documentos me refiero, Phirsby. Óigame bien, tiene de tiempo hasta mañana a las seis en punto, de la mañana, claro. Si para esa hora no ha traído los documentos, Carol morirá.

—Llevaré los documentos —prometió Phirsby con voz inexpresiva.

Ramley se echó a reír.

—No sabe cuánto celebro su decisión —contestó.

CAPÍTULO XV

Phirsby fue a su cuarto, abrió el cajón de la mesilla y sacó un revólver, cuya carga examinó minuciosamente. De pronto, oyó un zumbido intermitente.

Entonces se acordó de nuevo del transmisor de radio. Tomó el aparato y dio el contacto.

—¿Crashcraft? —preguntó.

—¡Uf, menos mal que da señales de vida! —exclamó Carol—. ¿Dónde se ha metido todo este tiempo, Duke?

—He estado ocupado... Pero, dígame, ¿es cierto que Ramley la ha secuestrado?

—Sí. Fingió ser usted y me llamó con muchas prisas. Tonta de mí, caí en la trampa y...

—Pero si Ramley la tiene en su poder, ¿cómo es que puede comunicarse conmigo?

Carol soltó una risita.

—Ramley es un novato en el arte del secuestro —respondió—. Ni siquiera hizo registrar mi bolso.

—Comprendo. Pero no tema, Carol; la sacaré de este apuro.

—Eso espero, Duke. Ah, hombre, se me olvidaba lo más importante. Pude seguir a Pamela y averiguar su dirección.

—¿Se dio cuenta ella de que la seguía?

—No lo sé, aunque creo que no...

—Ramley la ha secuestrado. Eso indica que Pamela lo supo.

—Tal vez, pero no ha podido evitar que me entere de su domicilio ni tampoco de que pueda comunicarme con usted.

—Está bien, dígame dónde vive Pamela.

—Main Avenue, número setecientos treinta.

—¿Seguro, Carol?

—Segurísima. Estuve sentada frente a la casa más de una hora, tratando de hablar con usted... Pero ¿por qué no me contestó,

Duke?

—Me da vergüenza decirlo. Olvidé el transmisor en casa.

—Vaya una memoria —se quejó ella—. Bien, ¿qué va a hacer ahora para ayudarme?

—Ramley me ha llamado. Tengo de tiempo hasta las seis de la mañana.

—¿Qué pasará después?

—A usted, nada, porque yo llegaré antes.

—Eso espero, Duke, porque, de lo contrario, veo mi lindo pellejo en peligro.

Phirsby se echó a reír.

—No me atemorice. Usted es sólo una especie de rehén y no le pasará nada, insisto. Pero ahora voy a hablar con Pamela Zritton. Creo que me conviene.

—No tarde, Duke —rogó Carol—. High Palms es una residencia de lujo, pero el sitio en que estoy parece un calabozo medieval.

—Tranquila, chica. Pronto llegaré, lanza en ristre y tocando la trompeta, para rescatarla...

—¿Tiene tres brazos?

—¿Cómo?

—Claro; uno para la lanza, otro para la trompeta y el tercero para el escudo.

Phirsby rió de nuevo.

—Era una metáfora, Carol.

—Sí, pero sálveme real y no metafóricamente —exigió ella.

Llamaron a la puerta. Lya frunció el ceño.

Abrió. Su gesto se hizo más agrio al reconocer a su visitante.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó secamente.

—Hablar con usted. ¿O no está claro?

—Está bien. Pero sea breve. Espero una visita.

—¿De Phirsby?

Lya cerró la puerta.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Un pajarito. —Los ojos del individuo recorrieron el esbelto cuerpo de la mujer—. Cada día más hermosa —elogió.

—Si sólo ha venido para decirme eso...

Lya vestía una diminuta blusa, atada por delante, sin mangas, que dejaba al descubierto un buen trozo de su torso. El resto de la

indumentaria eran unos pantalones negros, terriblemente ceñidos, que concluían a pocos centímetros de los tobillos.

Iba descalza. Tranquilamente, se acercó a la barra y se sirvió una copa.

—Hable —dijo, sin mirar a su visitante.

—Voy a matarla —anunció el hombre.

Lya soltó una risita.

—No se atreverá —dijo. Y se volvió, pero entonces divisó la pistola con silenciador que brillaba en la mano del sujeto—. ¿Se trata de un chiste? —preguntó, colérica.

—No es un chiste. Usted no ha seguido mis instrucciones. Ha querido obrar por su cuenta y eso es algo que no puedo tolerar.

—Mi plan era mejor.

—Pero se ha enamorado de Phirsby. O se enamorará de él. Y entonces me dará de lado. No me conviene, sencillamente.

—Escuche...

El visitante la interrumpió.

—Veo un ombligo precioso —dijo—. Voy a ver qué puntería tengo.

Y apretó el gatillo.

La copa se escurrió de los dedos de Lya y cayó sobre el alfombrado pavimento. Ella se agarró el vientre con ambas manos, mientras su rostro adquiría una espantosa lividez.

—Me... ha... matado... —jadeó.

—Sí —dijo el visitante con indiferencia.

Lya se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la barra. Sus manos se separaron del cuerpo y cayeron lacias a los costados. Ya lo veía todo turbio.

—Ese negocio será solamente para mí —dijo el asesino.

Apretó el gatillo por segunda vez. La bala atravesó el nudo de la blusa. Lya se estremeció con fuerza, pero no dijo nada.

El asesino dio media vuelta. Desde la puerta, miró a la mujer.

Lya seguía sentada, con la cabeza doblada sobre el pecho. Su inmovilidad era absoluta.

—Un estorbo menos —se dijo el asesino fríamente.

Y salió.

Bajó a la calle en uno de los ascensores. Phirsby viajaba hacia arriba en el otro.

Phirsby se arrodilló junto a la mujer. La sangre fluía en abundancia de los dos agujeros que las balas habían abierto en su cuerpo y era empapada lentamente por la gruesa alfombra.

El joven se sentía anonadado. Había calor todavía en el cuerpo de Lya.

—Por unos minutos... —murmuró, terriblemente apesadumbrado.

De pronto, ella abrió los ojos.

—Ho... la... —jadeó.

Phirsby respingó.

—Estás viva, Lya —exclamó—. Voy a llamar a un médico.

—No... es inútil... Me estoy muriendo... pero creo que podré hablar un poco todavía...

La voz de Lya era muy débil. Phirsby tuvo que acercarse mucho a ella para entender lo que decía.

Lya habló poco, pero fue suficiente. Al terminar, Phirsby la miró inquisitivamente.

—¿Eras tú Pamela Zritton? —preguntó.

—Sí... Una peluca... otra ropa... Cierta aire de mujer guapa y tonta...

—Entiendo. Lya, quiero decirte...

Pero Phirsby se calló de pronto.

La cabeza de la mujer se había doblado de nuevo sobre su pecho.

Phirsby comprendió que Lya ya no podía oírle. Ya no oiría ningún sonido, se dijo amargamente.

Al cabo de unos momentos, lentamente, se puso en pie.

Reflexionó unos segundos. Pronto llegó a una conclusión.

Desde la puerta, dirigió una última mirada a lo que ya no era más que un montón de carne inanimada.

—Adiós, Lya —se despidió.

Salió y cerró en silencio.

Era hora de cerrar el caso, se dijo, mientras descendía a la calle.

Poco después de la medianoche, detuvo su automóvil ante el portón de acceso a High Palms.

Un fornido cancerbero, sujetando por la cadena a un mastín de espantable aspecto, acudió a recibirle.

—Soy Phirsby —dijo el joven lacónicamente.

—El señor Ramley le aguarda —manifestó el guardián.

Abrió el portón. Phirsby pisó el acelerador y avanzó hasta la casa.

Ramley se hallaba en el porche.

—Bien venido —saludó, con una amable sonrisa—. Trae los documentos, supongo.

—Claro. Para eso he venido.

—Démelos —pidió.

Phirsby se mantuvo impávido.

—Quiero ver a la chica —solicitó—. No me gustaría cambiar los documentos por un cadáver.

—Muy justo —sonrió Ramley—. ¡Sam, trae aquí a la señorita Udall!

—Al momento, señor —contestó el otro guardián.

—¿Quiere venir al salón, Phirsby? —invitó el dueño de la casa—. Estaremos allí mejor, si no le importa.

—De acuerdo.

Phirsby tenía en la mano derecha un portafolios y caminó detrás de Ramley. Éste llegó al salón y se dispuso a preparar unas copas.

—Creo que debemos celebrarlo —dijo, sonriendo satisfecho.

—Faltan copas —observó Phirsby.

—Hay dos, una para usted y otra para mí... Ah, claro, otra para la señorita Udall...

Carol llegó en aquel momento, acompañada por el esbirro.

—Hola, Duke —saludó la muchacha.

—Retírate, Sam, pero quédate cerca por si te necesito —ordenó Ramley.

—Sí, señor.

Ramley llenó la tercera copa.

—Bien, vamos a celebrarlo...

—Aún falta otra copa —dijo Phirsby, impasible.

Ramley arqueó las cejas.

—Juro que no le entiendo —exclamó—. Estamos tres. ¿Quién diablos falta?

—Boyne Mac Pherson —contestó el joven—. Está a punto de llegar.

CAPÍTULO XVI

Hubo un momento de silencio. De pronto, se oyó afuera el ruido de un automóvil.

—Ya ha llegado —dijo Phirsby.

—¿Le avisó usted? —preguntó Ramley.

—Sí.

Mac Pherson entró a los pocos segundos.

—Duke —exclamó.

—Ramley te servirá una copa —dijo el joven—. Dice que es preciso celebrar la entrega de los documentos, ya sabes cuáles, por supuesto.

Los ojos de Mac Pherson estudiaron críticamente la situación durante unos momentos.

—Guardo esos documentos en una caja de alquiler —dijo.

La mano de Phirsby señaló hacia el portafolios.

—Están ahí —habló con voz inexpresiva.

—Eso no puede ser. Yo tengo la llave...

—Y mi padre disponía de otra llave y Peters tenía también la tercera. Era una caja de alquiler que cualquiera de los tres podía utilizar.

—Tu padre nunca habló...

Mac Pherson se mordió los labios, dándose cuenta de que acababa de cometer una imprudencia.

—Cierto, nunca habló del asunto, pero fue porque yo me hallaba en el extranjero, atendiendo a una misión. Murió repentinamente; por eso no me dijo cómo marchaba el asunto de su patente. Ni siquiera tuvo tiempo de decírselo a mi madre. Pero a fuerza de buscar, encontré la llave en su laboratorio de electrónica, en donde elaboró el invento que iba a proporcionar millones a la M. S., apenas la Oficina Nacional de Patentes aprobase la que se había presentado, como resultado de las investigaciones de mi padre.

Carol abrió mucho los ojos al oír las palabras del joven. Alguna de las cosas que habían permanecido oscuras hasta entonces se le hacían más claras.

—No te has fiado de mí —dijo Mac Pherson con amargura.

—Empecé a desconfiar cuando me dijiste que faltaban dos de los documentos. No parecía lógico —contestó Phirsby.

—Tu padre...

—Mi padre puso la documentación completa dentro del sobre. Peters la había visto y me lo dijo así. Pero según los términos del convenio, la M. S., podía quedar dueña de los beneficios que produjese la patente. Sólo que Peters era un hombre honrado y por eso murió.

—¡Ése lo asesinó! —gritó Mac Pherson, señalando a Ramley.

—Por iniciativa tuya. Tú ordenabas a Lya Winner y ella ordenaba a Ramley. Pero, además, bajo el papel de Pamela Zritton, le vigilaba casi continuamente.

—¡Rayos! —juró el aludido—. ¿Es eso cierto?

—Sí —confirmó Phirsby—. Rigurosamente cierto. Como lo es el que Mac Pherson asesinara a Wedson, para evitar que hablase, y que también asesinó a Bonnie Vince, para que no continuara dándome informes, y también es cierto que mató a Lya de dos tiros, porque tenía su propio criterio acerca de la forma en que se debía realizar el plan. La Oficina de Patentes está a punto de aprobar la de mi padre; entonces, se podrá iniciar la fabricación en masa, con todo lo que esto significa en el plano económico.

Phirsby se volvió hacia Mac Pherson.

—Atrévete a desmentir lo que he dicho —le desafió.

La cara de Mac Pherson aparecía escarlata.

—Yo no he matado a Lya...

—Estaba viva cuando llegué. Murió a los pocos minutos, pero tuvo el tiempo suficiente para decirme lo más interesante.

—Pero entonces, ¿qué diablos he pintado yo aquí? —gritó Ramley.

Phirsby se volvió hacia el dueño de la casa.

—No se haga el inocente ahora —dijo con severidad—. Usted también ambicionaba esa patente, tanto por los beneficios que puede proporcionar, como porque está literalmente arruinado. Demasiados gastos y pocos ingresos... y la

E. R. I.,

no es una empresa muy boyante, aunque de haber conseguido la patente de mi padre, hubiera podido salir a flote.

Ramley estaba lívido.

—Ha sido un juguete en manos de este individuo —continuó el joven, inflexible—. Mac Pherson sabía que a la;

E. R. I.,

le interesaba esa patente y, por mediación de Pamela-Lya, le fue azuzando, hasta conseguir que se metiera de bruces en el asunto. Claro que hubo otros aspectos que él tuvo que solucionar personalmente, pero, a los ojos de todo el mundo, usted hubiera aparecido como único culpable. Y yo tenía que morir, con lo que el campo hubiera quedado enteramente libre para Mac Pherson. ¿No era ése tu plan, Boyne?

—Tendrás que probar muchas cosas, si quieres seguir adelante —le desafió el aludido.

—Entre otras cosas, te diré que tengo prisionero a un tal Bill Crawford, pistolero de confianza de Lya Winner. O de Pamela, tanto da, porque el nombre no interesa ahora. Pero llevas ahí una pistola y la policía comparará sus balas, con las que encontrarán en el cuerpo de Lya, y con las que encontraron en el de Wedson. De Bonnie no digo nada, porque la mataste a puñaladas, pero con esas dos muertes será más que suficiente.

Phirsby se volvió hacia Ramley.

—En cuanto a usted, está arruinado ya y se lo merece, no sólo por su vida dispendiosa, sino por idiota —dijo despreciativamente.

La cara de Ramley estaba deformada por la rabia.

—Nadie me llamará idiota dos veces —exclamó.

Y, de repente, sacó un revólver y apretó el gatillo.

Carol chilló. Mac Pherson se tambaleó.

Ramley disparó de nuevo. Hubo un estallido de sangre en la cara de Mac Pherson, quien se desplomó en el acto, con el cráneo atravesado por el proyectil.

—Y ahora... —dijo Ramley.

—Puede llevarse el maletín con los documentos, pero ¿de qué le servirá? —preguntó Phirsby tranquilamente.

Ramley se sentía desconcertado. Una sirena se oyó de pronto en el exterior.

—Avisé a la Policía que encontrarían aquí al asesino de Lya —dijo el joven tranquilamente.

Ramley tenía la boca abierta. Sus ojos miraban a los dos jóvenes alternativamente. De pronto, abrió la mano y el revólver cayó al suelo. Un sollozo se escapó de sus labios.

—He sido un idiota —dijo—. Un idiota, un idiota...

Todavía repetía lo mismo cuando se lo llevaron los policías.

—¿De veras estaban los documentos dentro de la cartera? —preguntó Carol más tarde.

—¿Me crees tan tonto? —sonrió él.

—Pero, bueno, ¿qué era tu padre? Si se puede saber, claro.

—Se puede. Era ingeniero electrónico y tenía sus propias ideas acerca de un nuevo sistema de comunicaciones, más sencillo y más potente al mismo tiempo y, por supuesto, con un menor consumo de energía. Pero esto es largo de explicar y no creo que te interese demasiado.

—Tú has dicho que estabas en el extranjero cuando él murió, ¿qué hacías entonces?

—Digamos que era un agente secreto al servicio del Gobierno, pero dimití al morir mi padre, para atender la granja y los negocios de la M. S., en la que él tenía, como sabes, una importante participación.

—Lo cual te ha servido de mucho en este caso.

—Claro. También el Gobierno se sentía interesado en este asunto, por lo que se me concedió el reingreso eventual, hasta su solución. Ya he dimitido definitivamente —añadió Phirsby.

—Hay algo que no entiendo, Duke —murmuró ella—. Mac Pherson estaba contigo cuando fueron a robar su caja...

—Tenía que aparentar inocencia. Era un modo de despistar, como otro cualquiera. Pero también hizo asesinar a Warden, apenas le comuniqué que sospechaba de él.

—No fue mala idea. ¿Qué harás ahora, Duke?

Phirsby sonrió.

—Pedir tu mano —contestó.

Carol levantó el brazo derecho y se la ofreció:

—¡Concedida! —respondió sin titubeos.

En el momento del aterrizaje, Carol tomó los mandos del

Curtiss. Fue una pésima toma de tierra, con varios saltos y, al final, el aparato estuvo a punto de estrellarse contra la cabaña de Carndle Valley.

Phirsby saltó al suelo con el ceño contraído.

—Ahora no dirás que llevabas a un pistolero en el asiento posterior —gruñó.

Carol sonrió hechiceramente.

—No, pero llevaba a mi maridito, con el que acabo de casarme esta misma mañana —contestó—. ¿No es para ponerse nerviosa también?

Phirsby dulcificó su gesto.

—Sí, tienes razón —convino.

Y la ayudó a bajarse del aparato. Luego la alzó en brazos y caminó hasta la cabaña.

—¿Qué te parece la luna de miel aquí? —preguntó, en el momento de abrir la puerta.

—Maravilloso —suspiró ella.

Phirsby cerró de un taconazo. Luego, todavía con Carol en los brazos, buscó sus labios.

La besó una vez y otra y otra y otra...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

